

Trébede

Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura
Nº 67, septiembre de 2002. Precio: 4 €

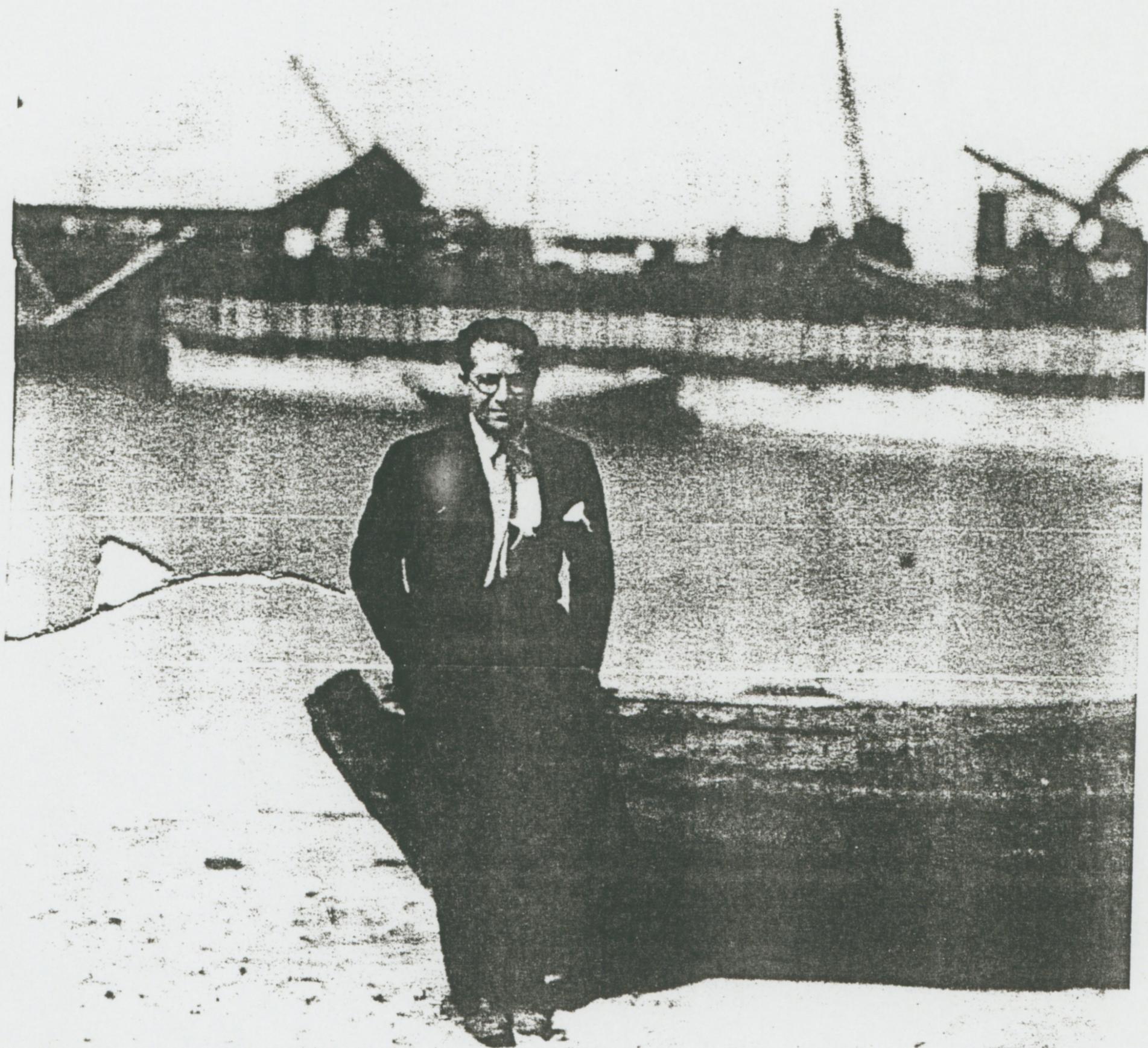


José Ignacio Mantecón
centenario de un exiliado

30 años de andalán

José Ignacio Mantecón

(Zaragoza 1902-México 1982)

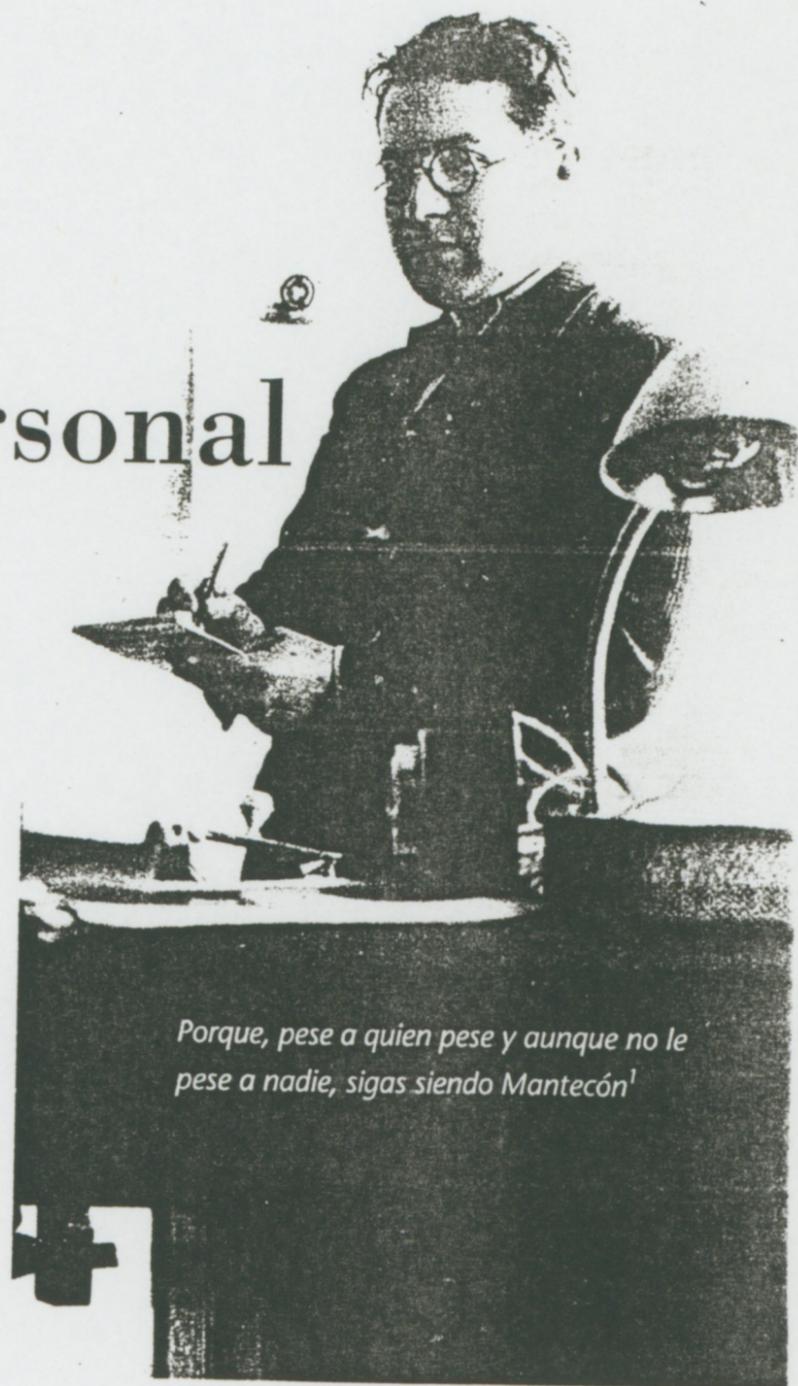


Una vida, dos existencias. Treinta y ocho años vivió en España José Ignacio Mantecón. Cuarenta y un años vivió exiliado en México.

Una visión personal

Una vida partida en dos por la guerra civil, herida que tardó en cicatrizar, pues la esperanza de regresar a España y de recuperar la vida truncada, se desvaneció lentamente. El 8 de diciembre de 1943, al regalarle a su hija Conchita por su onomástico un volumen con las obras completas de Antonio Machado de la editorial Séneca, le escribió esta dedicatoria: «Con todo mi cariño. 8-XII-1943. El próximo en España». Nunca hubo ese próximo año en España. Murió en México, sin haber regresado nunca a su patria.

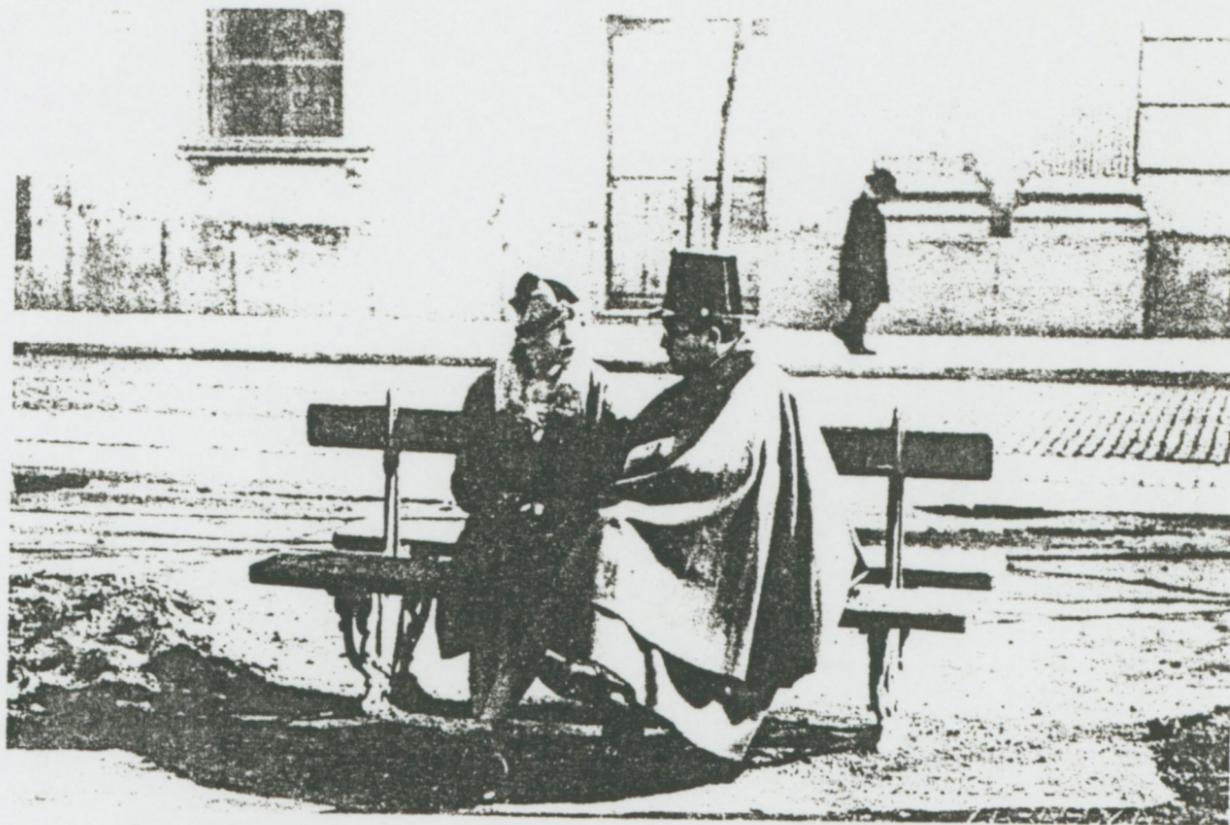
Marco Aurelio Torres H. Mantecón*



Porque, pese a quien pese y aunque no le pese a nadie, sigas siendo Mantecón¹

En el año 1939, perdida la guerra, salió de España, y lo dejó todo allí, sus padres —su madre muere en Alza, San Sebastián, en octubre de 1939 y su padre moriría en Zaragoza en febrero del año 1949—, sus hermanos, su familia, muchos amigos, su biblioteca, sus posesiones materiales, todo, todo menos sus ideales, para reanudar su vida en México; país al que siempre le estuvo agradecido porque fue uno de los pocos que, sin condiciones, aceptó recibir a ese éxodo masivo de españoles derrotados que se produjo al final de la guerra.

El exilio supone para Mantecón un cambio radical en su vida que, sin embargo, le permite dedicarse a desarrollar su verdadera vocación. Así, deja la abogacía y la política activa, y orienta su esfuerzo a la investigación y la docencia. Actividades en las que destaca y se convierte en uno de los pilares de la biblioteconomía en México.



Concha de la Torre y José Ignacio Mantecón, con el uniforme del servicio militar en Zaragoza, durante su noviazgo en 1923.

Entre sus tesoros, además de las primeras ediciones de las obras de Rafael Alberti, especial cariño le tenía a la primera edición del *Libro de poemas* de Federico García Lorca, que en el año 1924 le dedicó el autor en la Residencia de Estudiantes. En la dedicatoria, García Lorca le dibujó una pequeña concha amarilla, simpático gesto hacia la novia de Mantecón y que luego sería su esposa, Concha de la Torre.

Con la guerra civil pierde su biblioteca, confiscada al inicio del conflicto por la Guardia Civil y embodegada quién sabe donde. Así actuó la represión, encarcelando a su esposa por tres años, manteniendo bajo arresto domiciliario por más de un año a sus dos pequeñas hijas, y secuestrando su biblioteca. Cuando su esposa llegó a México en el año 1941 para reunirse con él, tras cinco largo años de separación forzada, le trajo algunos de los libros más valiosos que había podido rescatar del desastre, el García Lorca entre ellos, pero muchos más se perdieron. Después de varios años, allá por los sesenta, por mediación en España de su sobrino Mariano Baselga, diplomático, y en México, de su yerno Marco Aurelio Torres H, se recuperó una parte de la biblioteca, lo que le produjo gran alegría.

Su pasión por los libros, aún en las dramáticas situaciones que vivió durante la guerra civil española, queda de manifiesto en la siguiente anécdota, en la que Mantecón mismo refiere las singulares condiciones en las que como Comisario del Ejército del Este, autorizó en pleno frente de batalla la edición de una obra de su amigo Pablo Neruda:

«Editada por primera vez en Chile, *España en el Corazón*² llegó a España y Manuel Altolaguirre, que amaba tanto la poesía como los tórculos de las prensas trajo al Comisariado del Ejército del Este un ejemplar. Altolaguirre, con Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Gil Albert, Dieste, Emilio Prados y Concha Méndez, formaban parte de la unidad encargada de la propaganda en ese Ejército. Estaban sometidos a la tarea de redactar, imprimir y repartir los periódicos de las unidades y del Ejército, así como proclamas y a elaborar determinados programas de radio. La entusiasta autorización que recibieron de hacer la edición de tal libro, movilizó la imaginación de Altolaguirre y demás compañeros. Encontraron en un pueblo minúsculo, entonces tenía poco más de 300 habitantes, llamado Orpi, aldea del municipio de Igualada, en la provincia de Barcelona, un viejo molino de papel estilo artesanal, con sus martillos de madera, donde se hacía de tiempo inmemorial un evocador papel con trapos y telas, sin que la química ensuciara la noble prosapia de ese producto. Yo creo que algo tenía que ver esta maravilla artesanal con el *escriptorium* del monasterio de Benedictinos de Santas Creus, lleno de historia catalana, en cuyas inmediaciones está. Lo cierto es que soldados del ejército, juntamente con viejos que habían trabajado en el molino, hicieron una colección de hojas de un papel que no desmerece del que sirvió para la impresión de aldos y plantinos. La impresión se hizo en otro monasterio de benedictinos que sin coacción entregaron su imprenta: el de Montserrat, uno de los lugares que primero tuvo imprenta en

En 1925, cuando vivía en Sevilla y estaba en el Archivo de Indias, a la muerte de la reina Cristina, madre de Alfonso XIII, Primo de Rivera acordó que todos los funcionarios del Gobierno aportaran un día de haber para el monumento que la recordaría. Igual que a todos, a Mantecón le descontaron el dinero cosa que le molestó bastante, pues él era republicano y estaba en contra de la dictadura, y entonces le envió una carta al Director General de Bellas Artes, del que dependía el Cuerpo de Archiveros, diciéndole que no estaba de acuerdo y que le devolvieran el dinero. El Gobierno no tuvo más remedio que reintegrarle la cantidad descontada, pero simultáneamente recibió una real orden que decía solemnemente «Su Majestad, el Rey, ha visto con disgusto...».

En otra ocasión, le encargaron que revisara y tasara el archivo del duque de Veragua, descendiente de Cristóbal Colón, puesto que una universidad norteamericana estaba interesada en comprarlo y el Gobierno español quería ejercer su derecho de preferencia. Se enteró que tanto el rey Alfonso XIII como Primo de Rivera tenían mucho interés en que ese archivo lo comprara el Estado español y como además decía que él no era valuator o tasador de documentos, sino que su oficio era leer e interpretar documentos antiguos, entonces, con la divertida complicidad del duque que era su amigo, redactó un informe en el que decía que si bien el contenido del archivo era importante, no tenía demasiada trascendencia el adquirirlo, porque ya todos los documentos estaban publicados en inglés y daba las referencias de una bibliografía inventada, aunque concluía que sería conveniente que el archivo no saliera de España. Cuando el Ministro de Instrucción Pública, Cañero, leyó el informe montó en cólera y le puso a Mantecón un oficio que decía: «Su Majestad, el Rey, ha visto con disgusto el informe tan arbitrario que ha hecho usted...». Así, Mantecón fue engrosando una carpeta que tituló "Disgustos de Su Majestad".



José Ignacio y su esposa por Zaragoza.

Banco de Honras

En otra ocasión, como su padre era gobernador de los Rotarios, se vio obligado a dar una conferencia a un grupo de ellos. Y la dio, sobre la conveniencia de fundar en España un Banco de Honras. Porque, según decía, no hay derecho a que por casi nada pierdan la suya tantas muchachas. El Banco las protegería, las haría estudiar las primeras letras en Sevilla, en Madrid el bachillerato y el doctorado en París. Luego, ellas reembolsarían los gastos con sus respectivos intereses y el Banco les devolvería la honra casándolas con tenientes de carabineros, burócratas, etcétera.

Su existencia como *transterrado* en México fue una mezcla de una vida plena, dedicado a su



servicios gráficos e informáticos
 alonso V, 33, local 4 # 50002 zaragoza
 976 203 869 # base@basedigital.net # www.basedigital.net



Desdichas de un *Gobierno Aragonés,* 1937-38

Alejandro R. Díez Torres
Historiador. Universidad de Alcalá de Henares

Fotos: Archivo del autor

José Ignacio Mantecón Navasal (Zaragoza, 1902) nació en una acomodada y conocida familia de la burguesía zaragozana. Estudia el bachillerato en el Colegio de «El Salvador», iniciando al tiempo, su vocación política con quince años en un mitin republicano, mientras estrena estudios universitarios en la Universidad de Zaragoza. Ya entonces, el joven José Ignacio Mantecón colaboró con los republicanos del Partido Radical en Zaragoza y se sintió atraído por figuras como la de Manuel Azaña, cuando prepara sus licenciaturas en Filosofía y Letras (Historia, 1920) y Derecho (1924). Se afilió al partido dirigido por Azaña, Acción Republicana, después integrado en el de Izquierda Republicana.

Mientras continúa estudios en la Universidad Central de Madrid, durante la Dictadura de Primo de Rivera, participó en comités de lucha contra la Dictadura o la Monarquía. En 1924 José Ignacio Mantecón opositó al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; y en 1925 preparó su doctorado en Derecho, con su tesis sobre *El régimen municipal de la Comunidad de Albaracín, ss. XIII al XV*. Ocasionalmente encontraría alguna circunstancia para ocuparse, no sólo de su plaza de archivero sino también para ejercer de abogado (como asesor de la empresa familiar «Vías y Riegos») e incluso

postularse para ser elegido en 1931 como presidente del equipo de fútbol Betis Balompié en Sevilla¹, ciudad andaluza a la que fue destinado como archivero del Archivo de Indias, hasta 1933. Para pasar en la misma ciudad y entre 1934 y 1935 a desempeñarse como archivero de la Delegación de Hacienda de Sevilla; lo que no le impidió de nuevo simultanearlo con la defensa jurídica, de procesados por el movimiento revolucionario de 1934.

En 1935 y trasladado a Zaragoza, se ocupa en el negocio de la familia al tiempo que desempeña actividades políticas (desde 1931 se había propuesto servir mejor a la organización de su partido de Izquierda Republicana, renunciando a ocupar cargos oficiales). Curiosamente, como a otros futuros jefes aragoneses —José Duque, futuro dirigente de un virtualmente ilocalizable PCE, o Eduardo Castillo, diputado del PSOE trasladado a toda prisa de Zaragoza a Madrid en las graves horas de la noche y madrugada, del 18 al 19 de julio de 1936— a José I. Mantecón le sorprendió en Madrid la sublevación militar. Y también con Castillo se ocuparía entonces en organizar Milicias Aragonesas, al frente de las cuales y con el grado de capitán se empleó en el frente de Guadalajara.

donde lo estrenó ejerciendo funciones con antiguos colegas de mandos castrenses: asumiendo José Ignacio Mantecón el encargo del Gobierno central, en estrecha colaboración con el dirigente comunista Enrique Lister y el mando castrense de la XI División. Unidad militar ésta ya experimentada en tareas represivas sobre retaguardias republicanas y enviada a Aragón, para la disolución *manu militari* del Consejo de Aragón: órgano que articulaba uno de los últimos ámbitos de autonomía regional (aunque bajo un estatuto de gestión legal supraprovincial, autorizado medio año antes por el propio Gobierno central).

Lo decisivo, la autentica prioridad para los comunistas y sus dirigentes estalinistas tanto en Valencia como en Barcelona —después de las luchas callejeras de Barcelona, en mayo de 1937— era, sobre todo, plantear y ganar la última batalla a los libertarios en una de sus últimas plazas fuertes como era Aragón³. Y para esta tarea —una especie de división del trabajo cívico/militar— José Ignacio Mantecón debía de poner en activo un orden *neorrepublicano* en la región desde su misma toma de posesión en Caspe mediante decreto gubernamental el 11 de agosto⁴. Debía iniciar el trabajo a la mañana siguiente de la última reunión del Consejo de Aragón de aquella misma tarde. Mientras, en esos mismos días en Caspe y otros centros comarcales, diversas unidades militares se iniciaban en el Alto, el Bajo Aragón y en las tierras altas turolenses; empleándose a fondo sobre las antiguas retaguardias milicianas o cenetistas, con las acciones militares de cerco a los libertarios y sus dilatadas bases sociales en las comarcas aragonesas.

Durante los meses de agosto y septiembre de 1937 se dibujó así en el Aragón republicano algo muy próximo a una fase *thermidoriana* o terrorista del Estado en la región: detenciones en masa de cenetistas y dirigentes lugareños o comarcales de colectividades rurales, entradas armadas en sedes de sindicatos locales de CNT, incautaciones o destrucciones de documentación orgánica y colectiva, asaltos en almacenes, instalaciones y bienes de colectividades⁵. Bien surtidos a veces, por los productos de la cosecha y los intercambios, sus almacenes fueron presa fácil en semejante ambiente de impunidad contra la sociedad colectiva y los sectores de población orientados por la CNT. Sobre todo, mientras sus cuadros fueron perseguidos y apresados cientos de ellos, con lo que serían largas y periódicas detenciones gubernativas, en improvisadas cárceles de comarca o en las más masivas prisiones, de Caspe o Barbastro.

Sólo la actitud de mucha prudencia, predisposición a la colaboración a ultranza —así como por la contención de jefaturas y cuerpos enteros de sus unidades militares en los frentes, militarizados dentro del llamado Ejército del Este— o la espera frente

a todo de directivas nacionales, impidieron una rebelión libertaria en Aragón. Rebelión cuya amenaza y visos de materializarse nunca estuvieron del todo despejados; en un posible y traumático hundimiento precipitado de la guerra en la región que aquella insurrección hubiese llevado consigo⁶. Pese a todo, la opción colaboradora y contemporizadora de la CNT se impondría, así como la necesidad de sectores débiles del Frente Popular por prevenir la amenaza insurreccional, mediante la preparación de un arduo consenso de grupos y sindicatos, o el restablecimiento de formas de cooperación social, económica y oficial de la organización cenetista. Tal ocurriría con la firma, el 23 de septiembre de 1937 y bajo la atenta mirada del gobernador Mantecón, del pacto regional para la creación del Frente Popular Antifascista, con la entrada en esta plataforma orgánica paraoficial de la propia CNT⁷. Los cenetistas creyeron haber frenado en seco la principal ola de represión contra sus cuadros, así como la preparación de los consensos necesarios para impedir su aislamiento regional o propiciar su necesaria vuelta a la intervención institucional y local (a través de su representación en órganos municipales, en juntas reguladoras de Reforma Agraria y, por lo tanto, en la reconstrucción de colectividades, con todo lo que ello suponía de recomposición de sus bases sociales y económicas en la región). Pero poco o nada volvería ya a los cauces previstos en los que serían el otoño y el invierno más duros de una parte de Aragón, probablemente en todo el siglo XX.

Desastres de la guerra y desolación militar

Al período crítico, entre victorias pírricas y de altos sacrificios materiales y humanos de Belchite (6 de septiembre) y Teruel (capitulado por su jefe franquista el 7 de enero de 1938, para volver a manos nacionalistas el 22 de febrero), siguió un período depresivo, de los meses de enero y febrero de 1938, que sólo se cerraría —como un paréntesis entre dos represiones de signo opuesto: republicana y nacional— con el comienzo de caída de frentes republicanos, desde el 9 de marzo de 1938. Los líderes cenetistas durante aquel penoso curso, pudieron pasar de los más de 600 militantes de su sindicato y algunos ugetistas, junto a cargos colectivistas o municipales anteriores en los pueblos, encarcelados a mediados de septiembre de 1937, a los 149 todavía en diciembre de 1937, y casi las mismas cifras a finales de enero y febrero de 1938⁸.

Pero para ello, tuvieron que desplegar notables esfuerzos en laboriosas y persistentes entrevistas ante el gobernador José Ignacio Mantecón, como en no menos pacientes —y menos estériles— trámites y escritos al Tribunal Popular de Aragón o la Audiencia Provincial en Caspe, e incluso cerca de los

Calificadoras agrarias, de la nueva propiedad estatal— o a medidas de abastos y órdenes de las Gestoras, para neutralizar protestas o penurias.

Las penurias de militantes cenetistas no fueron sino unas de entre otras más generales, que soportaron las poblaciones antes de aquel dramático hundimiento militar. Como fueron las penurias por abastecimientos caóticos y cada vez más precarios, de refugiados y cargas militares —casi omnipresentes en poblaciones de retaguardia— la reaparición de fenómenos que parecían erradicados hacía algunos años en el campo aragonés: como el caciquismo o las resistencias agrarias a las imposiciones de centros burocráticos (tales como la Oficina del Aceite, con sucursales locales y comarcales) y las imposiciones de un orden gubernativo de Comisiones Gestoras (con poca o nula representación vecinal, como instancias gubernativas locales: designadas entre afiliados nuevos a grupos republicanos, antiguos propietarios o prohombres reaccionarios, que aprovecharon la oportunidad de resarcirse o de preparar la involución local, antes de la llegada de los ejércitos de Franco).

Hundimiento del Aragón gubernamental

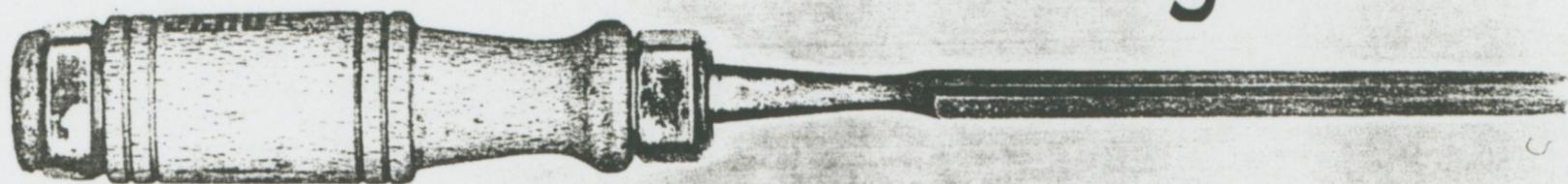
Una de las intervenciones más destacadas de José Ignacio Mantecón como gobernador general en aquel orden frentepopulista y gubernativo fue el de reconducir e impedir el hundimiento económico, que suponía la paralización del campo e in extremis, la falta de recogida de una exuberante —en años precarios— cosecha de oliva⁹. Las órdenes del gobernador llegaron tajantes a los órganos locales y los destacamentos de las fuerzas distribuidas en las comarcas, pero sin la existencia de brazos jóvenes suficientes o poblaciones predispuestas, por salarios irrisorios, exigían al final la diligente cooperación sindical. «El ritmo de vida en los pueblos, parece como si se hubiese paralizado» decía un informe sobre la paralización de tareas dedicadas a la oliva; quien continuaba con un certero análisis: «El Estado, por medio de los Institutos de Reforma Agraria, da créditos a todos los Ayuntamientos para la iniciación de la campaña de la aceituna. El pueblo adquiere una deuda que irremisiblemente ha de satisfacer, ya que de lo contrario se presta a una intervención justificada para decomisar los artículos que Reforma Agraria crea conveniente. Además, al adquirir el estado toda la cosecha olivarera de Aragón, a los campesinos les desaparece la última esperanza que consiste en el intercambio con productos (...) Ya les falta(n) artículos alimenticios que son indispensables para la vida, se les irá de la mano el último recurso con que hubieran podido adquirirlos, y la miseria se enseñoreará de sus hogares¹⁰.»

Después de los intentos desde su cargo de gobernador, durante el otoño e invierno de 1937-38, de encuadrar a los cenetistas dentro del frentepopulismo, o de orquestar un esquema de Gestoras y centros comunistas del IRA, empeñados en una reforma agraria por arriba en Aragón, caídos los frentes de guerra en manos de Franco, todavía sería nombrado José Ignacio Mantecón comisario del Ejército del Este (en el que sustituyó al militante comunista Virgilio Llanos). Para terminar en Cataluña, hasta su desaparición para la II República a comienzos de 1939.



En la emigración, dirigentes centrales como Juan Negrín no olvidarían su fidelidad y buenos servicios en Aragón: nombrando a Mantecón —con su traslado a Marsella primero, y después a Londres— secretario general del Servicio de Emigración de Republicanos Españoles en París. En cuyos cometidos debió trasladarse a Francia, y debió aceptar el internamiento en el campo para refugiados españoles de Argelès. Desde donde y con el armisticio en Francia en 1945, José Ignacio Mantecón tuvo, como otros dirigentes e intelectuales,

Santa Águeda



Restauración de mueble antiguo

acabados de gomalaca a muñequilla
a la cera

Ntra. Sra. de Begoña, 70, local Tlf.: 976 536882

EL TIEMPO QUE VIENE

SEPTIEMBRE 2002

Lluvia/Temperatura

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

Tiempo caluroso con máximas de unos 33°C.
Chubascos aislados sobre la zona.
Chubascos y tormentas generales.
Tiempo fresco con mínimas de 11°C a 13°C y máximas de 22°C.

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

Intervalo de tiempo fresco con mínimas entre 8°C a 10°C.
Chubascos aislados en el este de España.
Mejoría del tiempo con máximas sobre los 30°C. Posibilidad de precipitación importante y también de chubascos aislados.

Amenaza de lluvias 
Precipitación importante 
Caluroso o caliente 
Fresco o frío 
Tiempo normal 



CARACTERÍSTICAS DEL MES

Temperaturas: Ligeramente más frías que las normales para esta época. Durante los primeros días serán más calurosas pero sobre el día 4 bajarán de normales a frías permaneciendo así hasta el día 25. El período más caluroso se producirá sobre el día 1 y el más frío del 19 al 23 con mínimas cercanas a los 8°C.
Precipitaciones: Se espera un mes más seco de lo normal. La mayor parte de lluvia se producirá en forma de chubascos con posibilidad de una precipitación importante a finales de mes.

PREVISIONES METEOROLÓGICAS

La etapa oscura: La guerra civil española



Ester Casanova Nuez
Universidad de Zaragoza

José Ignacio
Mantecón (c 1938).

Página izquierda,
Concha de la Torre, esposa
de Mantecón, y sus hijas
Conchita y Matilde, a finales
de 1939, cuando pudieron
reunirse en Zaragoza tras
su reclusión en la cárcel
de Pamplona.

El 17 de julio de 1936 tropas militares se sublevaron en el Norte de África, al día siguiente consiguieron pasar a la Península. A diferencia de los golpes de estado que se habían venido produciendo a lo largo del siglo XIX, esta vez no consiguió triunfar y su fracaso desencadenó una sangrante guerra civil. El 18 de julio José Ignacio Mantecón se encontraba en Madrid informando a Cesares Quiroga sobre la situación de las guarniciones de Zaragoza y Pamplona, las fuerzas sociales y políticas estaban al corriente de los movimientos y contactos que se venían produciendo entre los mandos del ejército desde hacía ya un tiempo¹. Desde el primer momento Mantecón participa activamente en la defensa de la República. En Madrid, junto con Eduardo Castillo, diputado socialista, funda las Milicias Aragonesas, con las que más tarde será enviado al frente².

esfuerzos esto último no lo consiguió, las milicias siguieron actuando como poderes autónomos por el territorio aragonés republicano. Además fue utilizado por los anarquistas como instrumento político para el control de los restantes grupos.

El 25 de diciembre de 1936 la *Gaceta de la República* anunció el reconocimiento oficial del Consejo de Aragón. La presidencia sería ejercida por el cenequista Joaquín Ascaso; seis departamentos recaerían sobre la C.N.T. y seis sobre el Frente Popular. José Ignacio Mantecón se hizo cargo del de Justicia aunque fue Tomás Pellicer, también republicano, quien ejerció el puesto.

La participación de los republicanos en el Consejo fue vista como excesiva por unos y como escasa por otros. Pero no sólo colaboraron en este ámbito, en muchas localidades incluso se integraron en la C.N.T. para intervenir en la lucha política. En algunas ciudades como Barbastro, centro de la retaguardia oscense, la presidencia del comité fue ejercida por un republicano de prestigio, Pascual Sanz. Así que la sustitución de poderes, pese a ser cierta, debe observarse con detenimiento, ya que tenía sus fisuras atendiendo a las necesidades locales y las decisiones tomadas por cada población.

El Estado vuelve a reestructurarse a lo largo de 1937, legalizando las incautaciones realizadas en el verano de 1936, sustituyendo los comités por consejos y formando tribunales de justicia que ya no emanaban de la *justicia popular* como en los primeros momentos. Durante todo este año los republicanos volverán a controlar los órganos de gobierno, pero frente a las circunstancias de guerra y poder anarquista que se estaban viviendo, muchos de ellos habían pasado a formar parte del partido comunista. Al final de todo el proceso el triunfo republicano en la lucha política interna queda un tanto diluido ante el poder comunista. Mantecón estuvo en el centro del huracán durante todo este proceso. A su vez la evolución de las instituciones se encuentra enlazada con la desarticulación de las colectividades y la persecución de los anarquistas.

Los sucesos ocurridos entre el 3 y el 7 de mayo de 1937 en la ciudad de Barcelona, en los cuales se enfrentaron miembros del POUM y anarcosindicalistas con fuerzas del PSUC, van a influir de forma directa en la política colectivista de Aragón. La persecución de los anarquistas debe leerse como una lucha interna entre los poderes políticos de la retaguardia republicana, pero también como parte de una lucha armada en la que triunfa quien tiene

mayores y mejores efectivos militares. Enrique Lister, comunista y jefe de la 11 División, del Ejército Popular, fue el encargado de aplastar las colectividades. El mismo cuenta que en la noche del 4 al 5 de agosto de 1937 recibió en Madrid una orden de Rojo para presentarse ante él en Valencia, lugar donde se encontraba en ese momento el Gobierno y el Estado Mayor Central. Según su testimonio, Prieto le comunicó que el Gobierno había decidido disolver el Consejo de Aragón. El día 6 sus tropas comenzaron a llegar a Caspe, sede del Consejo de este organismo. Oficialmente iban a descansar y nadie debía saber cuales eran sus verdaderos objetivos⁴.

El 11 de agosto apareció el decreto de disolución del Consejo de Aragón en la *Gaceta de la República*. Zugazagoitia, ministro de Gobernación, preparó el documento ante la petición de Negrín y ordenó por teléfono a Mantecón dejar su brigada y acudir a Caspe, había sido nombrado gobernador general. A partir de este momento y hasta el final de la guerra, la figura de José Ignacio Mantecón adquiere protagonismo en la vida política aragonesa. Pero, como sucede para calibrar la actuación de la mayoría de los miembros de Izquierda Republicana, nos falta información, sobre todo para saber su grado de participación y responsabilidad en este proceso de reestructuración del Estado republicano. Es un período negro, oscuro, tanto por la falta de fuentes como por las acusaciones que se vierten sobre él. La actuación de Mantecón es alabada por los republicanos, a veces también por los comunistas y muy desprestigiada por los anarquistas, aunque él no se consideraba enemigo de estos últimos dado que su actuación obedecía solamente a órdenes del Gobierno.



Miliciano del P.O.U.M.

En la página derecha, estado en el que quedó el pueblo de Siétamo (Huesca) tras los ataques anarquistas. Fotos: *La Actualidad Española*.

El final del Consejo

El decreto de disolución del Consejo era la culminación de un proceso de lucha política y abre una nueva etapa que finaliza en marzo de 1938 con la ocupación de todo el territorio aragonés por las tropas franquistas. Evidentemente estamos en una guerra en retroceso, lo que condiciona completamente las decisiones de estos momentos, la guerra se estaba perdiendo y se miró hacia Aragón para realizar nuevas ofensivas militares: la ofensiva republicana sobre Zaragoza en septiembre de 1937 y la batalla de Teruel al inicio del invierno de 1937 a 1938. Además demostró nuevamente la importancia de tener la fuerza militar para terminar con la oposición política. Mantecón no controlaba la capacidad de acción de los grupos armados, limitado también por los enfrentamientos entre las diferentes posiciones políticas dentro del propio bando republicano y por la gran cantidad de denuncias contradictorias que se presentaron ante él procedentes de todo el territorio republicano, verdaderas o falsas, anarquistas ángeles o demonios, lo que sí es cierto es que algunos grupos se tomaron la justicia o la revancha por su mano⁷.

Durante la batalla de Teruel, Mantecón formó parte del Estado Mayor. En abril de 1938, cuando Aragón se perdió frente al ejército franquista quedando el territorio republicano dividido y aislado, se abrirá una profunda crisis de gobierno. Mantecón será nombrado Comisario General del Ejército del Este. Percibe la debilidad de estas tropas y el profundo desánimo que anidaba entre sus filas. Se encuentra con un panorama bastante desolador, las charlas que se daban a los soldados no cobraban vigor en los espíritus, mientras los frentes eran cada vez más agrestes y las pérdidas mayores para la República.⁸ Con la segunda ofensiva de Franco para terminar de tomar Aragón y Cataluña Mantecón y sus tropas se ven obligados a cruzar la frontera, llega a Toulouse y en avión regresa a Madrid y de allí a Valencia donde es nombrado Comisario del Ejército de Levante. Termina la guerra arrestado en el puesto de mando de dicho ejército, cuando Casado se subleva. Unos días después consigue embarcar en el «Galatea» un destructor inglés con el que parte rumbo a Marsella y luego a Londres, donde continuará su labor en el exilio⁹.

Fuerzas de la Legión en la orilla del Ebro a finales de 1938. Foto: *La Actualidad Española*.



Bibliografía

- ALONSO, Pedro Luis, *La batalla de Teruel*, Barcelona, Bru-guera, 1975.
- BORRÁS, José, *Aragón en la revolución española*, Barcelona, César Viguera ed., 1983.
- CASANOVA, Julián, *Caspe, 1936-1938. Conflictos políticos y transformaciones sociales durante la guerra civil*, Zaragoza, Grupo Cultural Caspolino-Institución Fernando el Católico, 1984.
- , *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- CIFUENTES CHUECA, Julita y MALUENDA PONS, Pilar, *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.
- SIMONI, Encarna y Renato, *Cretas. La colectivización de un pueblo aragonés durante la guerra civil española, 1936-1937*, Alcañiz, Centro de Estudios Bajoaragoneses, 1984.
- SOUCHY BAUER, Agustín, *Entre los campesinos de Aragón. Comunismo libertario en las comarcas libertarias*, Barcelona, Tusquets, 1977.
- Trébede*, nº 43, octubre de 2000.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La batalla de Teruel*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1986.

Notas

- 1 Ramón Salaberría, "Vicéns y Mantecón, el siglo XX de dos bibliotecarios republicanos", *Trébede*, nº 43, octubre 2000, pág. 18.
- 2 Ramón Salaberría, *op. cit.*, pág. 21.
- 3 Ramón Salaberría, *op. cit.*, pág. 21.
- 4 Enrique Lister, *Memorias de un luchador*, Madrid, G. del Toro Editor, 1977, págs. 263 a 268.
- 5 Enrique Lister, *Memorias de un luchador*, *op. cit.* pág. 276.
- 6 Manuel Azaña, *Diarios Completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000, pág. 1.103.
- 7 Julián Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pág. 292.
- 8 Manuel Azaña, *op. cit.*, pág. 1.247.
- 9 Ramón Salaberría, *op. cit.*, pág. 22.

Pregunta.— Doctor Mantecón, su vida, como la de otros muchos españoles, se ha desarrollado a ambos lados del Atlántico, ¿esto da a usted la sensación de haber vivido dos existencias diferentes?

Respuesta.— De ninguna manera. Primero porque yo llegué a México a los treinta y ocho años, en plena madurez, por lo tanto era muy difícil un cambio; después porque había vivido once años en Sevilla. Estuve en el Archivo de Indias y allí tuve un gran contacto con hispanoamericanos. Siempre he pensado que Sevilla y Cádiz son la antesala de América. Desde el puente de Triana, ver el cortijo de los Remedios, las palmeras, las casitas blancas; ir de Sevilla a Cádiz, bien por barco o bien por carretera, es una maravilla y ese paisaje es sin duda prenuncio del paisaje de América. Además en el Archivo de Indias hice bastante amistad con algunos mexicanos porque, aunque tenemos cierta tendencia en España a creernos superiores a todos los hispanoparlantes, con los mexicanos hemos embonado siempre bien. Por ejemplo, Rafael "el Gallo" tenía una íntima enemistad con Gaona, pero le admiraba, a pesar de que era un torero que no admiraba a nadie. Además a mí me tocó en el citado Archivo la sección de lo que se llamaba América del Norte, ya que la palabra *Mesoamérica* es una palabra moderna; Hernán Cortés y yo somos más antiguos que la palabra *Mesoamérica*.¹ Fui el encargado de esa sección, por lo tanto conocía la historia de México y me interesaba mucho. Al llegar aquí no sentí nunca un cambio sustancial en mi vida.

No se puede dudar que lo que dijo Gaos es una cosa fundamental: «somos transterrados». Yo no me he sentido nunca extranjero, aunque no me he nacionalizado mexicano; sigo siendo español. Primero, por motivos políticos y luego porque aquí no nos ha hecho falta hacernos mexicanos. También hay algo de romanticismo. Mire usted Alfonso Reyes, no se hizo nunca español y era el eje de los estudios de la historia de la literatura española cuando estaba en Madrid; su gran personalidad, sabiduría y su bonhomía le colocaban en un lugar central. En lo que sí ha habido una pequeña ruptura es en que yo en México abandoné el Derecho. Siempre quise dedicarme exclusivamente a la investigación y la docencia, pero interfirió mi padre y medio me obligó a actuar como asesor jurídico de una de las compañías industriales que tenía; de modo que tuve que ejercer mucho de abogado. Después tuve que actuar como abogado para defender a la gente que metían a la cárcel con motivo de los sucesos de 1934. Pero cuando llegué aquí me dije: «tú de abogado no sabes nada», y me he dedicado exclusivamente a la investigación y la enseñanza.

P. ¿Cuál era su ideología cuando se proclamó la República? ¿En qué ambiente se formó usted?

R. Nací en una familia acomodada; mi padre era ingeniero de caminos y también financiero; en fin se movía en un ambiente relacionado con la banca y la industria. Estudié con los jesuitas en Zaragoza, en el Colegio del Salvador; salí de los jesuitas profundamente católico. Al

salir del colegio pasé un momento de crisis al empezar estudiar Historia y Derecho en la Universidad de Zaragoza, carreras que cursé simultáneamente. José Mar Ramos Loscertales, que luego fue rector de Salamanca en esos años profesor auxiliar de la Universidad de Zaragoza, tuvo una fuerte influencia sobre mí por su forma de manejar la Historia. Era un hombre de gran categoría, uno de tantos intelectuales que se dan mucho en España, hombres de conversación, de cátedra, más que de investigación. Él y otros maestros nos mostraron un nuevo acercamiento a la Historia. Poco a poco me convencí de que antes me habían engañado. A medida que iba leyendo, mi crisis fue general. Recuerdo que los jesuitas nos habían presentado a don Rafael Altamira como un monstruo que interpretaba diabólicamente la historia de España. Compré sus libros, los leí y desde entonces el «monstruo del Averno» se convirtió en uno de mis deleites. Lo mismo sucedió con la «monstruosa Institución Libre de Enseñanza que era también algo maléfico. Este falso prejuicio tardé más en sacudirme pues en el ambiente provinciano de Zaragoza veíamos a la Institución como algo muy madrileño y en provincias, lo primero que hace uno, antes que querer a su provincia, es odiar a Madrid. Además teníamos la versión de que eran unos señores krausistas puros, puritanos en el mal sentido de la palabra. Sólo al conocer la realidad, cuando cursé en Madrid los estudios de doctorado, cambié de opinión.

Mitin republicano a los quince años

P. ¿Cuándo comenzó a preocuparse por las cuestiones políticas?

R. Fue por entonces, es decir a raíz de mi crisis, cuando empecé a meterme en política, con gran asombro de mi padre. A veces le contaban lo que yo había dicho en un mitin que él consideraba una barbaridad; entonces mi padre se quedaba con la boca abierta y me decía: «oye y ahora, ¿qué voy a decir yo a mis amigos?». Pues que lo dije yo, que no lo has dicho tú, era mi respuesta. Mi primer mitin republicano lo di a los quince años, en 1917. Luego vino el desastre del 21, y uno de mis hermanos, que era capitán de artillería, murió en el sitio de Monte Arruit. Eso me impulsó más a ver la corrupción reinante en España. Una vez que llegué a esa conclusión empecé a trabajar políticamente, a rechazar todo, a dar mítines y hacer otros excesos. En Zaragoza no había más partido republicano que el Partido Radical y no me quise meter en él porque me parecía de tercera categoría intelectual; pero los radicales me invitaban a menudo a hablar. Yo les decía: «bueno, con tal que digan que no soy del Partido Radical, sí». De esta manera iba por los pueblos, poniéndome en contacto con la gente, con campesinos y eso me fue afirmando cada vez más en mi vocación política. En Zaragoza tuvo influencia sobre mí un señor verdaderamente extraordinario, don Joaquín Gil Berges, que fue ministro en la primera República Española. Como anécdota contaré que tenía un hijo

que fue ministro de la segunda República, llamado don Gil Gil y Gil. Don Joaquín era amigo de mi padre y yo le tenía una devoción extraordinaria. Él me explicó la grandiosa historia de la primera República Española.

P. ¿Así es que usted fue el único político en el seno de su familia?

R. Sí, aunque tengo que decir con entera sinceridad que no tuve ninguna oposición violenta familiar ni muchísimo menos. Mire usted, ninguno de mis hermanos intervino en política jamás. Porque no les interesaba, les parecía una cosa *vulgar*. Para ellos el político era un animal extraño. Las personas decentes, pensaban, estaban muy por encima de la política, de modo que me miraron como a un perro pekinés y les hacía mucha gracia al principio; luego ya no tanta. Hay que tener en cuenta que, además, en el año 23 surgió la dictadura de Primo de Rivera y eso nos hizo intervenir en política a todos los intelectuales españoles, nos hizo pensar en cambiar muchas cosas, nos puso alerta del futuro.

P. ¿Recuerda usted algunas lecturas que propiciaron su "rebelión"?

R. En mis lecturas le diré que me interesó mucho Pi y Margall, que era un gran historiador, además de político. Pi y Margall influyó mucho en mí. También tuve gran admiración por Galdós, además de los autores clásicos. La lectura, cuando tenía diecisiete años, del Manifiesto Comunista, me impresionó. Todos esos autores los leí en una biblioteca curiosísima, la Biblioteca Sampere, que fundó Blasco Ibáñez en Valencia, donde se podían leer, por dos pesetas, las obras del momento, traducidas directamente del francés. Para el estudiante fue formidable la labor desempeñada por esta Biblioteca en España y en toda Hispanoamérica.

P. Pasando ya a un momento posterior, cuando se proclamó la República, y más tarde en la guerra, ¿cuál fue su participación, doctor Mantecón? ¿De qué forma quiso realizar todos esos ideales?

R. Yo fui muy joven, a los veintiún años, a Sevilla. En esa ciudad la fuerza republicana más fuerte era la del Partido Radical, de Martínez Barrio. Se formaron comités de lucha contra la dictadura y contra la monarquía desde el primer momento. Me metí en todos los comités y me acuerdo de cosas divertidísimas. Ya por el año 30, en vísperas de la República, Juan María Aguilar gran historiador, que murió en Panamá, y yo, íbamos con un suboficial del regimiento que estaba en la plaza del Duque y nos decía que nos iba a entregar el cuartel. Llevábamos unas pistolas que no sabíamos manejar y allí esperábamos. Al cabo de unas tres horas tomando café y unos «chatos de manzanilla», que animan mucho, nos decía: «no puede ser porque es que han cambiado al teniente de guardia». Eso se repetía en toda España. Yo estuve en todas esas organizaciones y al proclamarse la República pertenecía ya a Acción Republicana, por influencia de don Manuel Azaña.

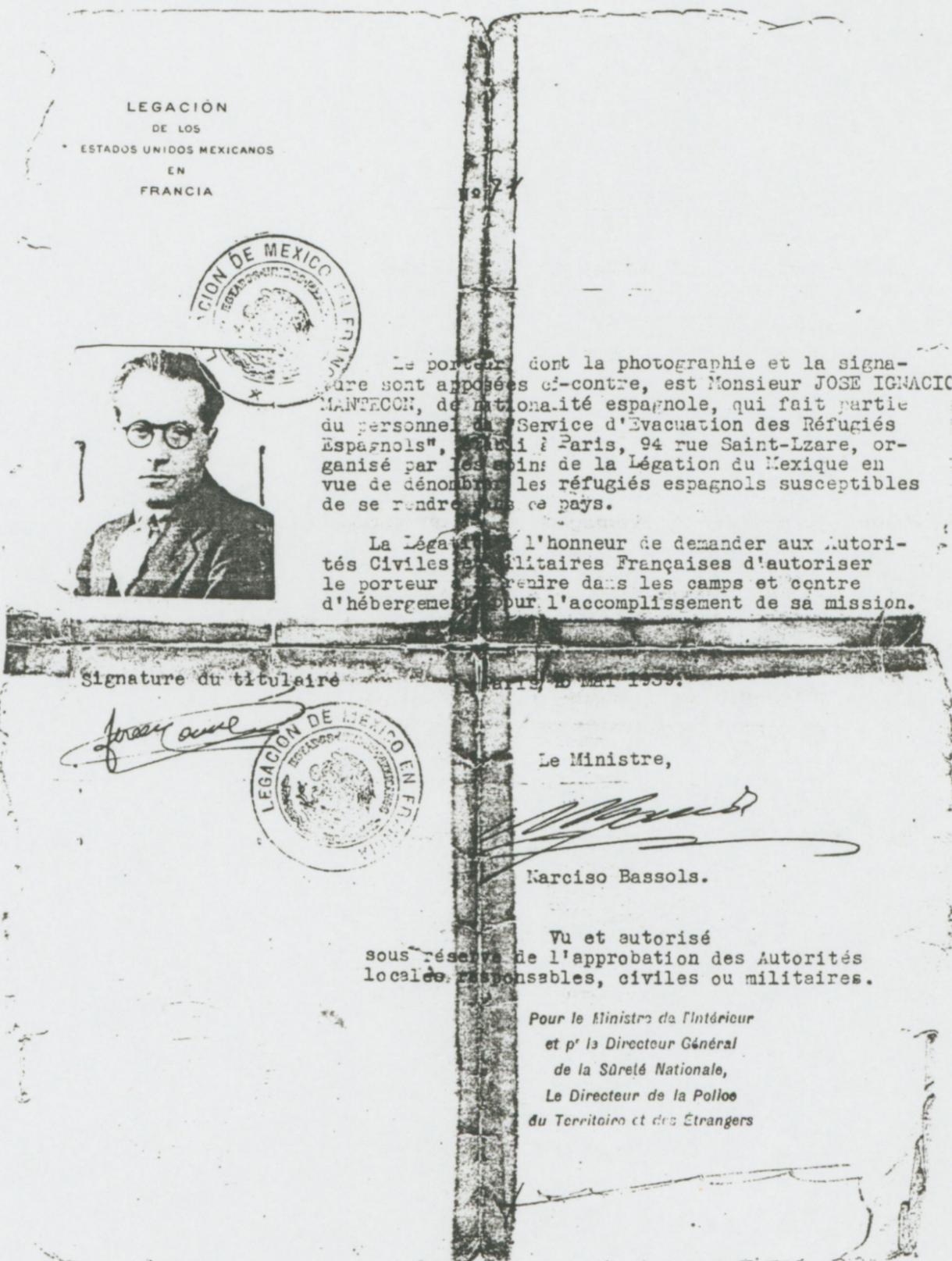
P. ¿Lo conoció usted bastante?

R. No demasiado, pero sí lo conocí, era verdaderamente un gran hombre. Tenía un pensamiento muy claro. A través de la Historia se pueden discutir muchas cosas de don Manuel, pero yo le estoy hablando del momento en que le conocí. Yo le admiraba profundamente. Además, era de Acción República, un hombre de una gran humanidad, don Luis Fernández Clérigo. Era el hombre que más sabía de toros y de Derecho hipotecario, y además hombre interesado por la política, aunque figuró poco, muy amigo de don Manuel Azaña y de todo el mundo. Por supuesto, amigo de todos los toreros; fíjese por ejemplo, en Acción Republicana de Sevilla uno de los que más contribuían era Chicuelo³, torero genial, casado con Dora "la Cordobesita", bailarina estupenda y guapísima. Chicuelo se hizo de este partido porque don Luis era padrino de uno de sus niños. Cuando se le pasaba el recibo a Chicuelo, y no estaba en casa, Dora no lo pagaba y lo daban de baja. Don Luis le decía: «Chicuelo, te has dado de baja»; él contestaba: «yo sigo siempre lo mismo, don Luis», y volvía a afiliarse al partido. Por supuesto, Chicuelo no sabía nada de República, ni de política. Fíjese usted qué ambiente político tan extraordinario, tan pintoresco, pero eficaz. A veces la suma de todas estas cosas, a primera vista grotescas, origina situaciones que pueden ser heroicas. Yo seguí actuando políticamente en el Partido, en Sevilla y después en Zaragoza, a donde me fui en el año 35. No quise ocupar ningún cargo oficial durante la República por dos razones: era bastante insubordinado y además porque creí que servía mucho en la organización del partido.

Milicias Aragonesas

P. ¿Qué hizo usted cuando estalló la sublevación?

R. Afortunadamente estaba en Madrid haciendo unas gestiones. El primer domicilio que fue a registrar la guardia civil en Zaragoza fue el mío, para conseguir que me dedicara a la agricultura en forma de abono orgánico. Me salvé de casualidad, hasta tal punto que a mi mujer, que jamás ha intervenido en política y que la odiaba porque me separaba un poco de ella, la tuvieron treinta y nueve meses en la cárcel, en Pamplona, en el convento de las Oblatas, donde están todas las mujeres públicas que detenían debajo de los puentes, porque las mujeres públicas elegantes están en casas con los ministros y los banqueros. Inmediatamente me ofrecieron en Madrid un puesto en la Administración pública. Pero yo me encontré que iban llegando a Madrid, durante los primeros días de la guerra, alcaldes y gente de los pueblos de la provincia de Zaragoza que se escapaban y venían a nuestro campo, algunos de ellos conocidos. Fue cuando Eduardo Castillo, un diputado socialista y yo, fundamos las Milicias Aragonesas y nos marchamos al frente y ahí me tiene usted a mí, dada mi estatura y capacidades deportivas —el fusil me parecía enorme— al frente de doscientas treinta personas. Primero me hicieron capitán; asombroso acontecimiento para mí y para el ejército. Estuvimos en Cifuentes y en la



Nombramiento como secretario general del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles, SERE, expedido por el ministro Narciso Bassols de la Legación de México en París, el 25 de mayo de 1939. Foto: Colección Matilde Souto Mantecón.

debo decir que según algunos no acerté en mi misión y según otros cumplí con mi deber. Yo desde luego estuve y estoy convencido de que estaba cumpliendo con mi deber. En ese sentido estoy satisfecho de creer que cumplía con lo que yo creía. Con mi conciencia, no hubo ningún problema, ninguna duda.

P. Doctor Mantecón, y ¿no le parece que en ese momento era un poco peligroso, pienso yo, estando en una situación de guerra, el haberse enfrentado con los anarquistas?

R. No, era absolutamente necesario. Luego he tenido amigos anarquistas que se convencieron de que no había más remedio. El problema era el siguiente: la guerra se hace con un ejército que supone disciplina y orden, y como los anarquistas querían la organización de la desorganización, como

R. Primero, una ampliación enorme de la lucha contra el analfabetismo. La República realizó un plan escolar de verdadera importancia. Por otra parte, la República politizó al pueblo de España. La República abrió todavía más que antes el espíritu del pueblo español hacia los intereses intelectuales de fuera de España. Por ejemplo, la Institución Libre de Enseñanza tuvo mucha mayor vitalidad y envió gente de gran categoría fuera de España a estudiar, con la condición de que volviera a su país a seguir trabajando. En ese sentido la República hizo una gran labor y además sobre todo creó una gran conciencia política en el pueblo español.

P. Usted, que ha seguido en contacto con la vida española, ¿qué posibilidades cree usted que hay para una auténtica democracia?

R. En primer lugar, Franco no hizo más que agudizar todos los problemas: políticos, económicos, sociales y regionales. Ahora bien, por otra parte, el pueblo español en este momento está plenamente dispuesto para una democracia. Estoy convencido que la parte activa del pueblo español cree que el camino para asegurar la estabilidad de un nuevo régimen es el camino democrático, de ninguna manera quiere la dictadura. España ha sufrido enormemente por la guerra; con o sin exageración, entre los dos bandos debe haber habido cerca de un millón de muertos. Imagínese usted lo que esto significa.

Mire usted cuando el Partido Comunista lanzó, creo que en el año 56, la consigna de la reconciliación nacional, la mayor parte de los republicanos, la mayor parte de los socialistas no lo comprendieron; soñaban con una justa venganza. Pero yo creo que no somos un pueblo cruel. Al contrario, España da un ejemplo histórico a mi modo de ver, extraordinario, que es la ciudad triple. En la Edad Media, hasta el siglo XV, cada ciudad española de la parte reconquistada, tenía tres ciudades en su seno: la ciudad cristiana, la ciudad mora y la ciudad judía. Los españoles del medioevo convivían en esta ciudad triple y una. La realidad es que el pueblo español quiere vivir en un régimen democrático.

P. Don José Ignacio, ¿cree usted que la democracia se aprende haciendo democracia?

R. Sí, porque la democracia no hay que predicarla, hay que practicarla. En política todos aprenden, hay que tener una teoría porque sin ella no hay práctica, pero el común de las gentes aprende con la práctica, con una práctica dirigida. Yo creo que sí, que España no sólo está en condiciones para practicar la democracia sino que además la necesita y que es el único procedimiento para que puedan cambiar.

P. Para terminar, ¿cuál piensa usted que será el futuro de España en relación con los pueblos de América?

R. Creo que hoy, nadie puede ser español auténticamente si no conoce América y ningún intelectual americano, de América hispana, puede serlo integralmente

si no llega a sentir la vivencia de España. Lo queramos o no estamos profundamente interrelacionados. Don Antonio Ballesteros Beretta, gran maestro, nos hizo estudiar, al llegar al análisis de la guerra de independencia americana, el *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, de Carlos María de Bustamante. Me impresionó el juego constante de dos frases en las más variadas situaciones expuestas por ese autor. Son ellas: *españoles americanos* y *españoles europeos*. Con extraordinaria agudeza expresa las profundas diferencias y afinidades de unos y otros. En mis horas iniciales del estudio de la Historia de América esas frases me guiaron para comprender la diversidad; pero, también, lo que hay de permanente en las relaciones entre americanos y españoles. Esa primaria impresión se ha corroborado posteriormente y creo que España y América tienen formas de ser paralelas en una gran cantidad de aspectos y en la geometría antigua, la que yo aprendí, las líneas paralelas se encuentran en el infinito. ■

Notas

1 La palabra Mesoamérica aparece usada a menudo en la obra del americanista alemán Eduardo Seler. En realidad, él acuñó la palabra *Mittelamerika* que ha hecho fortuna entre los modernos investigadores del pasado prehispánico.

2 Es don Rafael Altamira uno de los principales historiadores españoles contemporáneos. Abogado de profesión, perteneció a la Institución Libre de Enseñanza y desde 1914 fue catedrático de la Universidad de Madrid. En 1920 fue nombrado magistrado del Tribunal de La Haya. En 1939 emigró a México, ciudad en la que murió en 1951. Una de sus obras más conocidas es su *Historia de España y de la civilización española*. Acerca de su vida y obra, puede consultarse el libro de Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.

3 Su verdadero nombre era Manuel Jiménez. Sevillano de nacimiento, llegó a ser uno de los mejores toreros de su tiempo. Fue el creador de una de las suertes de capa más conocida entre los toreros, la famosa «chicuelina».

4 Don Francisco Gamoneda, había nacido en la provincia de Asturias a fines del siglo XIX. Llegó a México en 1909, tras haber cursado en Madrid los primeros años de la carrera de arquitectura. Aquí destacó como bibliófilo y realizó una gran labor como organizador de archivos y bibliotecas. Entre otras funciones desempeñó la de jefe del Archivo Municipal de la ciudad de México, organizó la biblioteca de la Secretaría de Hacienda y ayudó a crear la biblioteca del Congreso de la Unión. En 1946 un grupo de intelectuales mexicanos y españoles le dedicaron un libro de homenaje.



Naturaleza y Medioambiente

Programa CAI



- Colección RUTAS CAI POR ARAGÓN.
- Guía CAI de Turismo Rural.
- Mapas CAI de Carreteras.
- Restauración Patrimonio.
 - Huesca: Iglesia de Morillo de Sampietro.
 - Teruel: Ermita de la Virgen del Consuelo de Camañas.
 - Zaragoza: Ermita de San Miguel de El Frago.
- Mantenimiento y mejora de la Red de Senderos de Aragón
- Educación medioambiental dirigida a escolares.

Aragón es nuestra tierra

patrimonio • historia • cultura • arte • turismo



CAJA INMACULADA ■

«También de los trasterrados, don José Ignacio Mantecón arribó a México hace muchos años, tantos que es tan familiar a nosotros como los sabios amigos y maestros que hemos mencionado anteriormente. Siempre le hemos ligado por su sapiencia, aficiones, colaboración académica y espíritu pronto, despierto y alegre, a ese notable polígrafo que es Agustín Millares Carlo³.

El doctor Mantecón estuvo, recién llegado a México como numerosos intelectuales, incorporado al Colegio de México, quien le confió junto con don Agustín Millares y Concepción Muedra la elaboración de un catálogo de los ricos fondos antiguos de la Biblioteca Nacional, trabajo en el que pasaron varios años. Posteriormente fue llamado a la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas en donde profesó varias asignaturas y más tarde al Colegio de Biblioteconomía y Archivología de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, en donde su cátedra de Bibliología además de abrir insondables horizontes a los estudiantes que a ella concurren, les permite comprender cómo al lado de la técnica, para tratar con los libros se requiere un delicado espíritu y una refinada sensibilidad.

Adscrito al Instituto de Investigaciones Bibliográficas, es el investigador más antiguo, el más respetado, el más solicitado en todo instante para la resolución de los problemas bibliográficos que ahí se presentan. Sus respuestas son siempre atinadas y dadas sin alardes vanidosos ni de inflada suficiencia, sino en un tono jovial, en medio de un chiste oportuno y una anécdota que engalana y hermosea la frialdad y aridez de la pura técnica.

De recias convicciones, su conducta universitaria siempre ha sido íntegra. En todo momento ha comprendido que los intereses institucionales deben imponerse a los de un grupo y su prudencia le ha llevado a ser notable mediador, árbitro imparcial en las disputas que en ocasiones han surgido en nuestra casa de estudios, y su saber, sus conocimientos, han hecho que sus opiniones sean respetadas en todas las comisiones académicas en las que participa.

Su labor intelectual en México ha sido relevante. A más de sus cátedras, estuvo encargado largos años de la difícil función de editor, lo que no le impidió realizar su propia obra. Uno de sus trabajos esenciales fue el preciado *Manual de Paleografía Hispanoamericana*, en tres volúmenes, que en compañía de Millares Carlo editó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La Biblioteca Nacional editó varios ensayos suyos, de carácter histórico y bibliográfico, y posteriormente los *Anexos del Boletín de la Biblioteca*. Como miembro de esa institución débesele la colaboración para el *Index Translationum* editado por la UNESCO. Cuando el Instituto de Investigaciones Bibliográficas inició la publicación de la *Bibliografía Mexicana* y del *Anuario Bibliográfico*, puso a su cargo la dirección de éstos y ha sido quien ha realizado los notables estudios bibliográficos que les acompañan. Dentro del Instituto tiene varias publicaciones más y actualmente prepara, auxiliado por un equipo que él ha formado y dirige, la *Bibliografía Mexicana del siglo XVII*⁴.

Los años pasados entre nosotros, años en los que hemos recibido su enseñanza, su cordialidad, su continua lección de honestidad y firmeza, su pícaro ironía, le han ligado entrañablemente no sólo a nuestras vidas sino a nuestras instituciones, a las que ha servido con altura, con gran dignidad y con inmensa responsabilidad. Por esas cualidades de hombre cabal y de maestro auténtico hoy se le honra.» ■

Notas

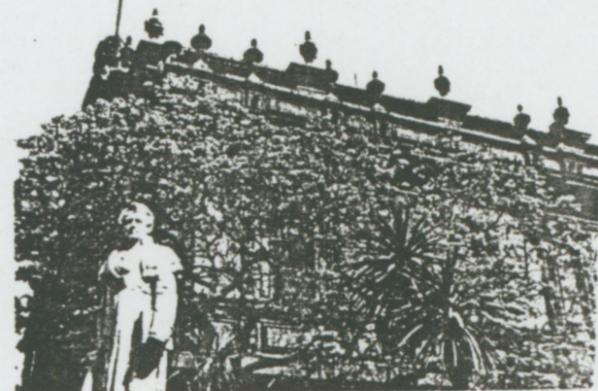
1 El doctor Ernesto de la Torre fue director de la Biblioteca Nacional de México. Abogado y doctor en ciencias históricas, nació en Tlatauqui, Puebla, México en 1917. Pronunció estas palabras acerca de José Ignacio Mantecón en la ceremonia en la que la Universidad Nacional Autónoma de México rindió homenaje a un grupo de distinguidos maestros que con su esfuerzo contribuyeron a la formación del sistema bibliotecario, archivístico y documental de México, las cuales se publicaron posteriormente bajo el título *El sistema bibliotecario mexicano y sus creadores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios sobre la Universidad, 1979. 21 págs. (Colección Pensamiento Universitario, 23).

El título de este artículo es de los editores, quienes agradecen aquí al doctor De la Torre el habernos permitido gentilmente la reproducción este texto en el presente número de la revista *Trébede*.

2 Este edificio, obra maestra del arquitecto y escultor Manuel Tolsá (Valencia, 1757-Ciudad de México, 1816), fue construido expresamente para albergar el Real Seminario de Minería, institución que, transformada sucesivamente por diversas circunstancias políticas y académicas en Seminario de Minería, Colegio de Minería y Escuela de Minas, lo ocupó desde el año 1813 y hasta el año de 1867, en que pasó a ser sede de la Escuela Nacional de Ingenieros, la cual, incorporada en 1910 a la Universidad Nacional, lo continuó utilizando hasta el año de 1954, año en que se trasladó a sus nuevas instalaciones de la Ciudad Universitaria, al sur de la metrópoli.

3 Agustín Millares Carlo (Las Palmas de Gran Canaria, 1893-Mallorca, Baleares, 1978) y José Ignacio Mantecón publicaron en conjunto diversas obras de gran importancia. Al respecto, véanse las referencias en la bibliografía seleccionada que se publican en este mismo número de *Trébede*.

4 Lamentablemente, a causa de la enfermedad que padeció José Ignacio Mantecón en sus últimos años, este importante trabajo quedó inconcluso.



Biblioteca Nacional de México.

P. ¿Nos podría hablar de José Ignacio Mantecón como investigador?

R. Al doctor Mantecón le interesaba mucho la investigación bibliográfica. Por ejemplo, él inició en México la publicación del *Anuario Bibliográfico* y en esa tarea yo fui su ayudante. Yo entré como office boy en la Biblioteca Nacional y él me dijo un día, «hay que reunir todas las fichas bibliográficas de lo publicado en el año», y así inicié mi participación en la elaboración del *Anuario*. El doctor Mantecón me mandaba a distintas casas editoriales y a la Dirección de Derechos General de Autor, a copiar las fichas de todo lo que se había publicado en el año. Yo tenía una maquinita de escribir portátil Olivetti y en ella transcribía las fichas.

El proceso de elaboración del *Anuario Bibliográfico* era muy intenso, él estaba preocupado de que estuviese siempre en orden. Cuidaba de dividir las secciones del anuario por sus materias, y que las fichas estuviesen bien redactadas. Una vez que estaba todo listo, se empezaba a redactar. Entonces, a él le pasaban las secciones, revisaba todo el fichero, añadía alguna cosa, alguna noticia que tenía de alguna edición en particular, verificaba algún dato y finalmente redactaba la "Nota preliminar". México llevaba, con el doctor Mantecón, la batuta en América Latina en materia bibliográfica y podía vanagloriarse de los logros alcanzados en la materia y de que estaba al día con los compromisos y las recomendaciones de la UNESCO.

En 1965 coincidió que yo me fui a dar clases a la Universidad de Guanajuato, y el doctor Alcalá se fue como embajador de México ante la UNESCO, y fue nombrado en su lugar, como director de la Biblioteca Nacional, el maestro Ernesto de la Torre. Y entonces, mientras éste se podía deshacer de sus compromisos en el Instituto de Investigaciones Históricas, el doctor Mantecón fungió como director interino de la Biblioteca Nacional durante unos seis o siete meses, ese año de 1965.

Después de estar un tiempo en Guanajuato, regresé a la ciudad de México, reingresé a la Biblioteca Nacional y volví a coincidir con el doctor Mantecón.

Un hombre generoso

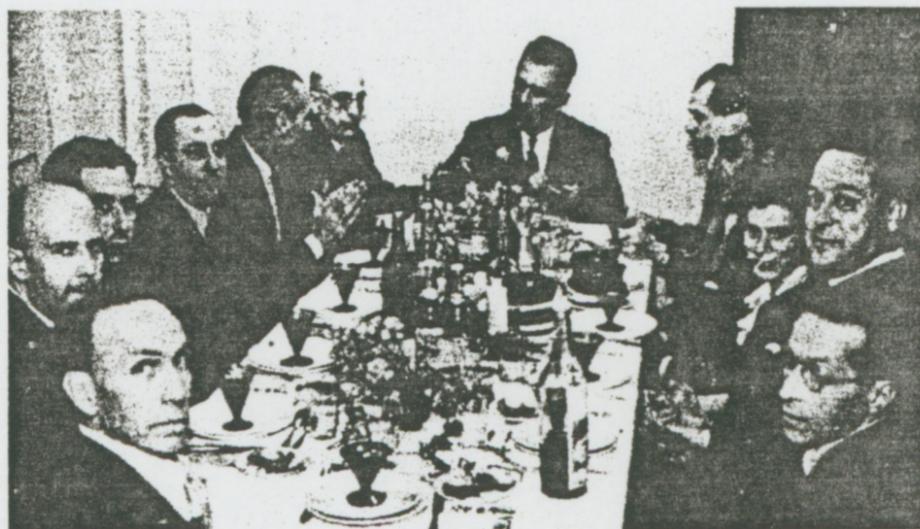
P. ¿Cómo era en su trato personal el doctor Mantecón?

R. Hay que resaltar el aspecto humano del doctor Mantecón, pues cuando yo fui a dar clases a Guanajuato, y como los sueldos no eran altos, entonces él, para ayudarme, me dijo, «mire Quiñones, ya que se va usted

para allá, lo vamos a comisionar para que reúna toda la bibliografía del estado de Guanajuato y me la envíe mensualmente». Así lo hizo y yo le enviaba periódicamente las fichas de los libros editados en Guanajuato, y luego él me contestaba pidiéndome más información o una aclaración.

Era muy generoso con todos los que trabajábamos con él, por ejemplo recuerdo una vez que le iban a dar un aumento de sueldo y él dijo que no, que mejor se lo dieran a mi esposa, que en esa época fungía como su secretaria bibliográfica.

Siempre festejábamos en la Biblioteca Nacional, a principios del año, el día de Reyes. Partíamos la rosca y si una de las secretarias o de los ayudantes se sacaba el muñeco, el «niño» como decimos en México, el doctor Mantecón, tan buena persona como era, pues los sueldos eran muy pequeños para nosotros comparados con el suyo como investigador, decía, «yo adopto al niño». Si otra secretaria se sacaba otro muñeco, iba con él y le decía, «oiga doctor Mantecón, ¿no adoptaría a mi niño?». Y él adoptaba a todos los niños que salían en la



Con el general Lázaro Cárdenas, 1943. De izquierda a derecha: Maroto, personaje no identificado, Amaro del Rosal, no identificado, I. Hidalgo, A. Velao, Lázaro Cárdenas, V. Uribe, Urbieta, señora de Maroto, A. Huertas y Mantecón.

rosca y ponía casi todo para organizar el festejo del día de la Candelaria, el 2 de febrero.

P. ¿Colaboró usted en algunas de las investigaciones del doctor Mantecón?

R. Sí, además del *Anuario Bibliográfico*, trabajé con él la bibliografía mexicana del siglo XVII. El doctor Mantecón tomó como base la que publicó en 1894 Vicente de Paula Andrade³ y quería completarla con todos los datos que faltaban, porque Andrade escribió muchas de las fichas de memoria, quería además ampliarla con otras obras no consideradas por Andrade y publicar aquellos prólogos o licencias que eran importantes para el conocimiento de la bibliografía nacional. La empezamos pero desgraciadamente no se concluyó, sólo terminamos los dos primeros años de la bibliografía, 1601 y 1602.



José Ignacio Mantecón en Guanajuato.

a todos los que entramos al Departamento de Bibliografía de la Biblioteca Nacional. Entre otros, recuerdo a los que trabajaban en caja fuerte catalogando todo el acervo antiguo, los libros reservados, como Jesús Ymhof y Jesús Campos. Desde luego, estábamos nosotros los que éramos sus alumnos directos y a los que nos inculcó la importancia que tienen los estudios bibliográficos. Entre los que le consultábamos a diario, estábamos Germán Viveros, Roberto Heredia e Ignacio Osorio. Yo fui de los más cercanos a él, no el más aplicado tal vez, pero yo todos los días estaba con él en el Instituto. Yo aprovechaba todo lo que podía de él.

Otra de las facetas del trabajo intelectual del Dr. Mantecón fue su actividad como paleógrafo. Hay que recordar que junto con Millares Carlo es autor de uno de los textos más importantes en la materia⁶. Yo con él aprendí la paleografía. No necesité estudiar en textos, porque uno de mis primeros trabajos fue editar algunos manuscritos latinos y entonces yo aprendí practicando con él. Si tenía alguna duda yo iba y le consultaba y él siempre me la resolvía. Él nos enseñaba todo lo que sabía. No escatimaba nunca esfuerzos por enseñar a los demás. No se reservaba nada, al contrario, te compartía todo su saber y lo transmitía sin ninguna pedantería, con espontaneidad y con humor.

El doctor Mantecón era un pozo de ciencia, una enciclopedia. Cualquier cosa que le fueras a preguntar, inmediatamente te sacaba de la duda. Por eso iban muchos investigadores de la Universidad y otros de fuera, a consultarlo. Todos los días tenía visitas de personas que lo conocían y que sabían de su erudición y su gran capacidad bibliográfica. No solamente era un maestro, sino un libro abierto para todo aquel que fuera a preguntarle cosas sobre la materia. Cualquier dato sobre cualquier país en cuestión de bibliografía, él tenía las fuentes en la mano, sabía todo para decirles dónde consultar. Era una enciclopedia bibliográfica andante. En una época en que lo más avanzado que teníamos era la máquina de escribir, que ya después fue eléctrica.

Para él lo más importante era la bibliografía. Él decía que la bibliografía era la madre de todas las ciencias. Porque «si no sabes bibliografía», decía, «cómo te puedes adentrar en el estudio de una disciplina, cómo verificar qué autores son más importantes, qué se ha hecho y qué no se ha hecho. Primero tienes que saber qué se ha escrito sobre un tema, hasta dónde está expuesto para ver si tú puedes aportar algo, avanzar en el conocimiento». Este enfoque sigue siendo válido, aunque ahora la bibliografía la obtengamos y la almacenemos en ordenadores y se nos facilite el trabajo. Es la primera herramienta para cualquier investigador. Esto lo aprendí de él y lo sigo practicando. ■

Notas

- 1 Entrevista realizada el 15 de marzo de 2002 en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, Ciudad Universitaria, México, D. F.
- 2 Nació en Cd. de México en 1916. Maestro y doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue Director de la Biblioteca Nacional de 1956 a 1965; embajador de México ante la UNESCO de 1965 a 1970, y posteriormente embajador en Paraguay (1971-1974) y en Finlandia (1978-1983). Fue Vicepresidente del Consejo Consultivo de la UNESCO y presidente del Comité de Organizaciones no Gubernamentales del propio organismo internacional de 1968 a 1970.
- 3 Vicente de Paula Andrade (Ciudad de México, 1844-1915). Ingresó a la comunidad de los padres Paúles y fue ordenado presbítero en París en 1868. Fue canónigo de la Basílica de Guadalupe. En el año 1880 se separó de la congregación, convirtiéndose en un notorio antiaparicionista en las polémicas relacionadas con la virgen de Guadalupe. Tuvo una importante biblioteca de obras mexicanas y destacó como bibliógrafo y editor. Su principal obra es el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII*, México, 1894.
- 4 Se refiere al Boletín de la Biblioteca Nacional de México, del que Mantecón fue editor de 1963 a 1967 y al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, del que fue miembro de su Consejo Editorial de 1969 a 1973.
- 5 Por ejemplo, en la actualidad los estudiantes de la Maestría en Bibliotecología que se imparte en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, llevan un seminario de Bibliotecología Mexicana, en el que se estudian las aportaciones de José Ignacio Mantecón y Agustín Millares Carlo, bajo el tema "El pensamiento español y la bibliografía".
- 6 Se refiere al *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955. 3 vols. (Col. Manuales de técnica de la investigación de la historia y ciencias afines, 3).

y porque como canto del héroe de la lucha independiente de Chile, José Miguel Carrera: «mas de una vida fue su vida». No es confusión, es asombro, imposibilidad de abarcarlo en todos sus matices. Ello me lleva a elegir en esta ocasión solamente uno de los aspectos que he podido conocer con cierta precisión, por mis contactos personales con el poeta, el de los libros en la vida de Neruda.

Es curioso que, en las múltiples ocasiones en que se refiere y canta al libro, hablara casi siempre en plural. Dentro de su pensamiento, dirigido siempre a lo concreto de cada momento, puede distinguirse una línea constante: concebir cada cosa, cada situación, cada pensamiento con la pluralidad de la intercomunicación de los hechos y de las cosas. Los libros constituyeron una parte de su vida. No sólo los propios, los por él escritos, que para muchos intelectuales, preciosistas o pedantes, son el único universo de su mente, sino *el libro*, no sólo como almacén y estímulo del pensamiento sino como maravilla de la vista e incluso, para él, del tacto; el libro, admirado y querido por lo que dice y por la veste que lo presenta.

En el año 1487 el obispo de Augsburgo, al tener en sus manos una de esas maravillas que llamamos incunables, dijo: «*La imprenta ha iluminado realmente este siglo*»; poco después otro clérigo alemán, de cuyo nombre no puedo acordarme, afirmaba que el libro era: «*un arma de dos filos, igualmente válida para la verdad y para el error*». Neruda comprendía mejor al prelado augsburgués y veía en los libros, fundamentalmente, la luz y el resplandor.

En *Memorial de Isla Negra*, fulgente resumen de su vida, nos dice:

*Libros sagrados y sobados,
devorados y devoradores.
secretos,
en las faltriqueras...*

es decir, para él, el libro estaba llamado a calmar su ansiedad de conocimiento; al mismo tiempo que era fermento de nuevas ideas e iba contribuyendo a reafirmar su personalidad; por eso termina este poema con versos que nos van a ahorrar muchas palabras:

*Los libros tejieron, cavaron,
deslizaron su serpentina
y poco a poco, detrás
de las cosas, de los trabajos,
surgió como un olor amargo
con la claridad de la sal:
el árbol del conocimiento.*

Y en el mismo poema, con saudade de sus días de estudiante, nos habla de Nietzsche, «con olor a membrillos», de Gorki, del coloso de Víctor Hugo y de la *María* de Jorge Isaac, «beso blanco en el día rojo».

Antes, en las *Claves clementinas*, para mi paradigma de la poesía directa, en que nos describe las cosas que vemos todos los días y que por lo tanto pasaban desapercibidas a nuestra sensibilidad, canta directamente al libro, en dos poemas y a la imprenta en uno. Todo para él es importante, la alcachofa, la alegría, el amor, la cebolla, el gato, el cobre, la crítica, el diccionario, el hígado y don Jorge Manrique. Un mundo de cosas grandes y pequeñas, importantes y desvalidas; pero que ahí están sólo en poder de algunos hombres y deseadas por la mayoría. Cuando leí este libro sentí un cierto rencor contra Neruda. Colocaba la cebolla antes que el libro y estimé, también, que el metro de la lilácea, solemne casi como acento de raíz cuadrada, contrastaba con el ritmo casi de canción infantil, de la primera oda al libro. Su rabelesiana risa ante mi queja, me obligó a leer ambos poemas de nuevo y entonces descubrí la enorme diferencia que hay entre un poeta y un aprendiz de pedante.

De la primera dice:

*y cuando apareció
tu torpe tallo verde,
y nacieron
tus hojas como espadas en el huerto.
la tierra acumuló su poderío
mostrando tu rotunda transparencia,
y como en Afrodita, el mar remoto
duplicó la magnolia...*

La segunda, en cambio, comienza:

*Libro, cuando te cierro
abro la vida.
Escucho
Entrecortados gritos
en los puertos.
Los lingotes del cobre
cruzan los arenales,
bajan a Tocopilla.*

No pude ver en mi primer contacto con este poema la gran paradoja que hubiera apreciado de no haber dado valor absoluto a los dos primeros versos en que creí ver una contraposición entre el libro y la vida, que resuelve nuestro poeta en estas estrofas:

*Libro, tú no has podido
empapelarme,
no me llenaste
de tipografía,
de impresiones celestes,
no pudiste
encuadernar mis ojos*

para añadir, a continuación:

*Amo los libros
exploradores.
libros con bosque o nieve.
profundidad o cielo.
pero
odio
el libro araña
en donde el pensamiento
fue disponiendo alambre venenoso
para que allí se enrede
la juvenil y circundante mosca.*

es decir él odió el libro mausoleo
porque quería y necesitaba el libro cohete
hacia las estrellas, tal como lo canta en
el segundo poema:

*Libro
hermoso,
libro,
mínimo bosque,
hoja tras hoja,
huele
tu papel
a elemento...
libro
oculto
de bolsillo
en bolsillo,
lámpara
clandestina,
estrella roja.*

Ese libro, le llevó, así lo dice,
a ser poeta caminante, a explorar el
mundo a conocer los hombres, al hombre que
explora también y busca también y encuentra
camino para conseguir que quien ha
explorado el mar, la selva, el agua
y el cielo regrese con
un libro:

*el hombre
descubriendo
los últimos secretos,
el hombre
regresando
con un libro,
el cazador de vuelta
con un libro,
el campesino
arando
con un libro.*

Tengo que reconocer que
después de releer estos poemas, amé más
al libro fecundo y me reconcilié con la cebolla.

En *Nuevas Odas Elementales* canta a la tipografía,
madre del libro moderno, la que asombró a nues-
tro buen obispo germano del siglo XV. Todo el
amor de Neruda por los libros estalla radiante-

mente en este poema que parece una canción de
requiebro a una *moza hermosa*. Sensualmente se
detiene en las curvas, gruesas, delgadas, llenas
de ritmo, de los caracteres aldinos, elzeverianos, de
Ibarra, Brocar, Bodoni, Tory, Baskerville, Sancha,
Garamond; incita al deseo de acariciar la *redoma
de la letra O*, el fresco florero de la Y, a la azucena
multiplicada de la V de la victoria y él ama
las letras de tu pelo, la U de tu mirada,
la S de tu talle. Ama las letras de
molde porque:

*La letra
fue la madre
de las nuevas banderas,
las letras
procrearon
las estrellas
terrestres
y el canto, el himno ardiente
que reúne
a los pueblos
de
una
letra
agregada
a otra
letra
y a otra,*

*de pueblo a pueblo fue sobrellevando
su autoridad sonora
y creció en la garganta de los hombres
hasta imponer la claridad del canto.*

Como todo es sencillamente complicado
en Neruda, junto al elogio de la letra, entre-
verado con la presencia de su amada, no puede
olvidar él, hijo de un ferroviario, senador por
el Partido Comunista, gran poeta, al que
hace posible este milagro artesanal,
al tipógrafo.

*Quando lees
las viejas y las nuevas
palabras, las verdades
y las exploraciones,
te pido
un pensamiento
para el que las ordena
y las levanta,
para el que para
el tipo,
para el linotipista
con su lámpara
como un piloto
sobre las olas del lenguaje...*

En sus numerosos viajes pensaba siempre en
sus libros y en su biblioteca. Tuve la suerte de
acompañarle en mis escasos ratos de ocio en el Pa-
rís de 1939², en sus safaris por el bosque román-

Ese niño, «enlutado, afilado y mudo», como él se llama, de Temuco recorrió los siete mares y los siete cielos, pirata bibliográfico, saqueó las librerías de viejo de los países que visitó; perteneció a la prehistoria de los bibliotecarios, a la especie de los hombres que viven para la cultura y que, como dice Ortega y Gasset, no se contentan con leer los libros, sino que los coleccionan, ordenan, catalogan y cuidan. Catalogar a su modo y manera, como quería, un libro de lógica junto a una astronomía, porque su encuadernación armonizaba en el color y en los gofrados áureos de las buenas ediciones galas. No debiera hablar de esto; pero no puedo resistir la tentación de declarar que si la clasificación metódica es imprescindible en las bibliotecas públicas, la disparatada es la propia de un poeta y de un bibliófilo. Neruda, según decir de Wenceslao Roces, sabía perfectamente donde estaban todos sus libros y yo le he visto extraer de un inverosímil rincón de su casa en la calle de Elba, un tomo de no me acuerdo qué obra y completarlo con el segundo que estaba sobre un plúteo de un estante comprado en el mercado de La Lagunilla⁴.

Así formó la gran biblioteca que fue jurídicamente de su propiedad hasta 1953, porque suya lo será siempre esté donde esté y la tenga quien la tenga. En noviembre de 1953, ante notario, hizo donación de su biblioteca a la Universidad de Chile como elemento instrumental de la Fundación Pablo Neruda para el estudio de la poesía. En 1954 se constituye teóricamente tal Instituto en la Universidad de Chile, que ya tenía en su poder la biblioteca. Un grupo de diputados conservadores, los de Frei, propuso al Congreso que se repudiara tal fundación, algunos escritores creyeron que se perdería la propia personalidad del pueblo chileno si se mantenía el propósito cultural y la realidad es que el Instituto no existe. La biblioteca quiero creer que sí.

¿Cuál era el acervo de esta biblioteca? Lo fundamental para su conocimiento nos lo da el propio Neruda en su discurso con motivo de la inauguración de la Fundación Pablo Neruda que pronunció el 20 de junio de 1954. «Yo fui —dice—, recogiendo estos libros de la cultura universal... Recogí estos libros en todas partes. Han viajado tanto como yo, pero muchos tienen cuatro o cinco siglos más que mis actuales cincuenta años. Algunos me los regalaron en China, otros los compré en México. En París encontré centenares. De la Unión Soviética traigo algunos de los más valiosos. Tuve larga paciencia para buscarlos, placeres indescriptibles al descubrirlos y me sirvieron con su sabiduría y su belleza». De algunos su historia es conmovedora. A mí me emocionó saber que uno de los más valiosos libros de su biblioteca era un incunable de Petrarca, del año de 1484. Se lo regala-

ron los obreros de una fábrica de Florencia después de una lectura que hizo en la misma. Un poeta que tiene confianza en el saber de los trabajadores; unos trabajadores que, a costa de sacrificios, expresan su solidaridad con el intelectual al entregarle un incunable.

Allí nos dice que poseía un Garcilaso que compró en Madrid en cinco pesetas: la edición, dice que es de 1549. Es posible que haya una errata de imprenta porque la primera edición que conozco es de Salamanca en el año de 1569. Habla de una edición de don Luis de Góngora que compró al gran librero García Rico, calle del Desengaño núm. 29, en cien pesetas y que le pagó en diez plazos de diez pesetas mensuales. Esta edición es, según Foulché-Delbosc, el gran hispanista francés, una de las más «bellas, completas y estimadas». Se publicó en Bruselas, por Francisco Foppens, en el año de 1659, 646 páginas y no incluye las comedias de Góngora. Nos dice, con cierto orgullo, que poseía un volumen de Pedro Soto de Rojas, gongorino y preciosista. Se trata de su obra *El desengaño de amor en rimas*, impreso en Madrid en 1623, en la imprenta de la viuda de Alonso Martín, con 180 folios y elogios y pareceres de Góngora, Mira de Amescua, Lope de Vega y otros. Tan gongorino era el tal poeta que editó en Granada, en el año de 1652 y en la Imprenta Real, un poemario con este extravagante título: *Paraíso cerrado para muchos; jardines abiertos para pocos. Con los fragmentos de Adonis*. De la misma época es un libro singular que también poseyó Neruda. Se trata de las poesías de Francisco de la Torre, poeta de la escuela salmantina, cuya obra editó don Francisco de Quevedo, en Madrid, Imprenta del Reino, año de 1631, de tan perfecta y profunda poesía que dio lugar a una serie de polémicas en el pasado siglo, ya que se llegó a suponer, falsamente, que Francisco de la Torre era un seudónimo de Quevedo, de Fray Luis de León o de Fernando de Herrera. La obra es tan rara que la Hispanic Society of America publicó una edición facsimilar de 200 ejemplares, en 1903.

Es natural que quien tenía tal concepto del libro, de lo que representa como medio de transmisión de la cultura, hiciera tan valiosa donación. Ya lo anticipó en los poemas finales del *Canto General*⁵, en una parte de su "Testamento":

*Dejo mis viejos libros recogidos
en rincones del mundo venerados,
a los nuevos poetas de América, a los que un día
hilarán en el ronco telar interrumpido
las significaciones del mañana.*

En la conferencia a que me he referido antes, con motivo de la aceptación de la Biblioteca por la Universidad de Chile, dijo el gran poeta algo

Bibliografía seleccionada de J. I. Mantecón

Marco Aurelio Torres H. Mantecón

La bibliografía de José Ignacio Mantecón Navasal, producto de una intensa labor académica y de investigación realizada principalmente en su exilio mexicano, comprende la dirección de diversas publicaciones y la autoría de numerosos libros, artículos, ensayos, reseñas y conferencias en materias relacionadas con la Historia y los estudios bibliotecológicos y bibliográficos. Parte de esta producción la desarrolló conjuntamente con otro ilustre exiliado, don Agustín Millares Carlo, al que le unió una entrañable amistad.

A partir del prolijo trabajo realizado por el doctor José Quiñones Melgoza, intitulado *Ensayo para una bibliografía general directa del doctor José Ignacio Mantecón Navasal*, he elaborado un bibliografía seleccionada que proporciona una muestra de la producción intelectual de José Ignacio Mantecón y es reflejo de los diversos intereses que tuvo durante su vida. He adicionado algunas fichas, así como las referencias de las tres entrevistas que se le hicieron, de las que han sido publicadas dos.

I Publicaciones bajo su dirección

1 "Revista de Revistas" en *Revista de Cultura Mexicana*, suplemento dominical del diario *El Nacional*, México, D.F., 1945 a 1965.

Mantecón tuvo a su cargo esta sección, en la cual reseñaba las revistas mexicanas e hispanoamericanas que llegaban a su conocimiento.

2 *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, México, D.F., 1963 a 1967.

J. I. Mantecón fue el editor de este *Boletín* desde el tomo XIV, núms. 1-2, enero-junio de 1963, hasta el tomo XVIII, núms. 1-4, enero-diciembre de 1967.

3 *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, D.F., 1969 a 1973.

Instrumenta Bibliographica 2

JOSÉ IGNACIO MANTECÓN

ÍNDICE
DE NOMBRES LATINOS
DE CIUDADES
CON IMPRENTA 1448-1825



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Ignacio Mantecón formó parte del Consejo Editorial de este *Boletín*, desde el núm. 1, enero-junio de 1969 hasta el núm. 9, enero-junio de 1973.

4 *Anuario bibliográfico*, 1958 a 1966, México, Biblioteca Nacional.

Mantecón fue el editor responsable, junto con Tarsicio García. Personalmente se hizo cargo de la "Nota preliminar" que acompaña a cada uno de ellos, en donde hace la estadística de la producción mexicana de libros con arreglo a las normas de la UNESCO y formula las conclusiones que los datos censales permiten apreciar sobre la producción intelectual de México, y también organizó el "Índice analítico" de cada uno de ellos.

- 30 ____ "El primer Instituto Bibliográfico Mexicano", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Segunda época, tomo XII, núms. 3-4, México, julio-diciembre de 1961, págs. 3-20.
- 31 ____ "Índice de nombres de autores latinos", en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, Segunda época, tomo XIII, núms. 1-2, México, enero-junio de 1962, págs. 39-54.
- 32 ____ "El padre Teófilo Raynaud, S. J. en las bibliotecas coloniales de México, (Un curioso libro impreso en Cracovia en el año de 1669)", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Tomo XV, núms. 3-4, México, julio-diciembre de 1964, págs. 57-71.
- 33 ____ "Sobre las bibliotecas populares", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Tomo XVI, núms. 1-2, México, enero-junio de 1965, págs. 51-58.
- 34 ____ "La Zaragozaida de Francisco Granados Maldonado y don Justo Sierra", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Segunda época, tomo XVI, núms. 3-4, México, julio-diciembre de 1965, págs. 65-78.
- 35 ____ "Don Rafael Altamira: una etapa de la historiografía española", en *Revista de Historia de América*, Núms. 61-62, México, enero-diciembre de 1966, págs. 189-205.
- 36 ____ "El Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la Bibliografía nacional", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Núm. 2, México, julio-diciembre de 1969, págs. 81-92.
- 37 ____ "Inventario del archivo del comisario general de las provincias franciscanas de Nueva España y Filipinas, 1698", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Núm. 4, México, julio-diciembre de 1970, págs. 263-288.
- 38 ____ "El editor, el autor y el libro", en *Revista de la Escuela Normal Superior*, Núm. 13, México, agosto-diciembre de 1970, págs. 84-88.
- 39 ____ "Aspectos del entrenamiento de los usuarios de la información", en *Anuario de Bibliotecología, Archivología e Informática*, Tercera época, año II, 1973, México, UNAM, 1976, págs. 147-151.
- 40 ____ "La biblioteca y la Universidad", en *Filosofía y Letras* (Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM), Año II, núms. 11-12, México, noviembre-diciembre de 1976, pág. 32.
- 41 ____ "Lo que se llamó representación gráfica. (Sobre un director de cine del s. XX [Luis Buñuel])", ed. de Marco Aurelio Torres H. Mantecón en *Trébede. Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura*, núm. 52, junio de 2001, págs. 29-36.
- 42 Mantecón Navasal, José Ignacio y Agustín Millares Carlo, "El Archivo de Notarías del Departamento del Distrito Federal", en *Revista de Historia de América*, México, núm. 17, junio de 1944, págs. 69-118.

VI Prólogos

- 43 "Nota preliminar", en Gloria Escamilla González, *Lista de encabezamientos de materia*, México, Biblioteca Nacional, Instituto Bibliográfico Mexicano, 1967, págs. v-x.
- 44 "Prólogo, vocabulario e índices", en Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema: años 1853, 54 y 55*, 3ª ed. México, Patria, 1970, págs. 7-14, 467-473 y 475-498, (Col. México en el siglo XIX).

- 45 "Nota preliminar" [adicionada con la lista aumentada de "Notas para una bibliografía de reglas y listas de encabezamiento de materia en español", publicada en español —*vid supra* ficha núm. 18—], en Gloria Escamilla González, *Lista de encabezamientos de materia*, 2ª ed. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1978, págs. v-xv.

VII Conferencias e informes

- 46 Mantecón Navasal, José Ignacio, "Don Marcelino Menéndez y Pelayo y el liberalismo español", Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México en 1957, reproducida en el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, 1958.
- 47 ____ "Estadística clasificada de las bibliotecas existentes en el país".
Estos informes los elaboró anualmente de 1958 a 1966, a fin de integrarse a la estadística internacional de la UNESCO.
- 48 ____ "El renacimiento de los catálogos colectivos", Conferencia dictada en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, 1970 (inédita).
- 49 ____ "Pablo Neruda y España", Conferencia dictada en la Biblioteca Nacional de México, noviembre de 1973 (Inédita).
- 50 ____ "Pablo Neruda y los libros", Conferencia dictada en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre de 1973 (Inédita).
- 51 ____ "La información, la bibliografía y el investigador científico", Introducción al *Primer Seminario de Documentación e Información* organizado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, 1974.
- 52 ____ "La biblioteca pública en México", Conferencia dictada en la Biblioteca del H. Congreso de la Unión [de México], diciembre de 1974 (Inédita).

VIII Entrevistas a J. I. Mantecón Navasal

- 53 Alonso Arrondo, María de la Soledad, "Entrevista al señor José Ignacio Mantecón" efectuada en octubre y noviembre de 1978 para el Programa de Historia Oral sobre los refugiados españoles en México, Archivo de la palabra, Museo Nacional de Antropología e Historia, México, D.F., PHO/10/8 (Inédita).
Se encuentra depositada en la Biblioteca "Manuel Orozco y Berra" de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.
- 54 Aub, Max, "Entrevista al matrimonio Mantecón (Concha y José Ignacio)", en *Conversaciones con Buñuel, seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta aragonés*, Pról. de Federico Álvarez, Madrid, Aguilar, 1985, págs. 231-240.
- 55 León-Portilla, Ascensión H. de, "Entrevista a José Ignacio Mantecón Navasal", en *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1978, págs. 265-285. ■

* Publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Núms. 18-19, 1981-1982, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, págs. 239-256. Número homenaje a José Ignacio Mantecón.

RUTA DE CAESARAUGUSTA

MUSEOS ARQUEOLÓGICOS MUNICIPALES

MUSEO DEL PUERTO FLUVIAL DE CAESARAUGUSTA



Foto: Servicio de Cultura, Ayuntamiento de Zaragoza (Pedro J. Fatás)

PLAZA DE SAN BRUNO, 8
TEL./FAX. 976 39 31 57
ZARAGOZA

MUSEO DEL FORO DE CAESARAUGUSTA

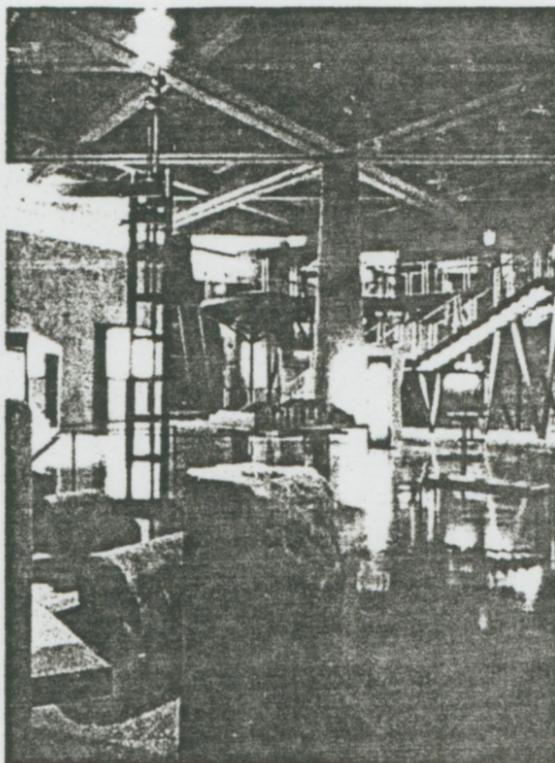


Foto: Servicio de Cultura, Ayuntamiento de Zaragoza.

PLAZA DE LA SEO, 2
TEL./FAX. 976 39 97 52
ZARAGOZA

MUSEO DE LAS TERMAS PÚBLICAS DE CAESARAUGUSTA

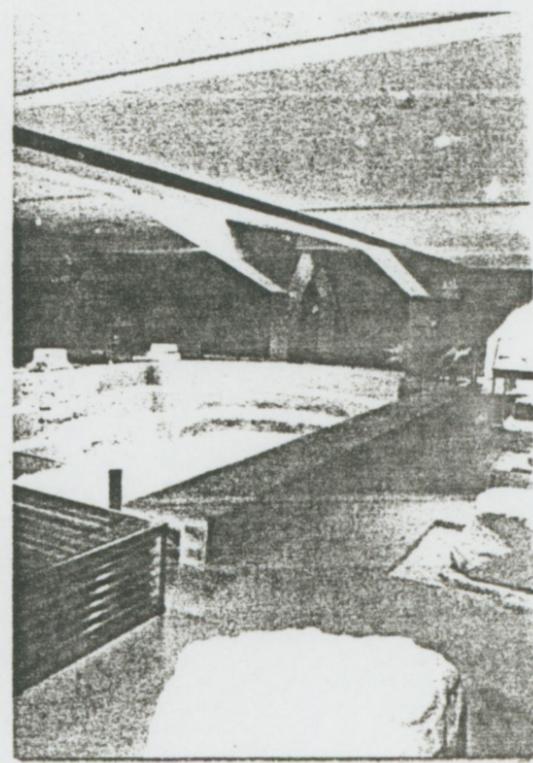


Foto: Servicio de Cultura, Ayuntamiento de Zaragoza (Pedro J. Fatás)

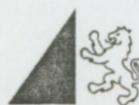
C. SAN JUAN Y SAN PEDRO, 3-
TEL./FAX. 976 39 97 52
ZARAGOZA

H O R A R I O S

LABORABLES, DE 10 A 14 Y DE 17 A 20 H.

FESTIVOS, DE 10 A 14 H.

LUNES, CERRADO



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

1930

Es elegido presidente del Betis Balompié, al dejar el cargo su antecesor Ignacio Sánchez Mejías. Bajo su presidencia, el Betis fue por primera vez campeón de la segunda división.

1931

Director del Archivo de la Delegación de Hacienda en Sevilla, posición que ocupa hasta 1935.

1935

En el verano de este año se traslada con su esposa y sus dos hijas a vivir a Zaragoza, donde combina su trabajo en la empresa familiar con sus actividades políticas.

1936

El 18 de julio, cuando estalla la guerra civil, la Guardia Civil registra la casa de Mantecón en Zaragoza, pero no lo encuentran, pues se había trasladado a Madrid a hacer unas gestiones en relación con los negocios de su padre y para entrevistarse con Santiago Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros.

Su esposa, Concha de la Torre es detenida y trasladada al convento de las Oblatas en Pamplona donde permanecerá presa tres años. Las dos pequeñas hijas del matrimonio, Conchita y Matilde, de ocho y seis años de edad respectivamente, son puestas bajo arresto en el domicilio de sus abuelos paternos en Zaragoza, con guardias de asalto en la puerta.

Funda en Madrid junto con el diputado socialista Eduardo Castillo, las Milicias Aragonesas y se traslada al frente de batalla. Es nombrado capitán y comisario de batallón.

1937

En marzo participa con las Milicias Aragonesas en la batalla de Guadalajara, en las localidades de Cifuentes y la Alcarria, bajo las órdenes del coronel Víctor Lacalle y del coronel Jiménez Orge. Es nombrado comisario de la 72 Brigada Mixta y posteriormente, comisario del Ejército del Este.

El 10 de agosto, en pleno frente en los Pirineos recibe una llamada de Julián Zugazagoita, Ministro de Gobernación, quien le comunica que ha sido nombrado Gobernador General de Aragón. Mantecón deja el frente y se traslada a Caspe, en donde, por instrucciones del Gobierno, disuelve el Consejo de Aragón. Entre otras acciones como Gobernador General, restablece los ayuntamientos y el uso del dinero que habían sido abolidos por los anarquistas, y ante el colapso económico en que se encontraba la región, consigue que el Gobierno de la República aporte cinco millones de pesetas para un programa especial, dando empleo a la gente en la construcción y reparación de carreteras. Intenta organizar e implantar la reforma agraria en Aragón, empeño frustrado por la ofensiva de las tropas franquistas.

Por intervención del general Varela, que tenía amistad con la familia Mantecón, después de un año termina el arresto domiciliario de sus hijas Conchita y Matilde. Ellas permanecen en casa de sus abuelos paternos, pues su madre continúa presa en el Convento de las Oblatas.

1939

Al perderse el frente de Aragón, Mantecón deja de ser Gobernador General y se incorpora de nuevo al Ejército del Este como comisario.

1939

Después de la segunda ofensiva sobre Aragón y Cataluña, cruza a pie la frontera con Francia y el 20 de febrero toma un avión del Gobierno republicano en el aeropuerto de Toulouse y vuela a Madrid. De Madrid se traslada inmediatamente a Valencia y luego a Nájera, incorporándose al Ejército de Levante como Comisario General, según el nombramiento que le fue extendido el 18 de marzo.

Cuando se subleva el coronel Segismundo Casado en contra de Juan Negrín, Presidente del Consejo de Ministros, Mantecón se mantiene leal al Gobierno republicano y, en consecuencia, es arrestado en el puesto de mando del Ejército de Levante. Al final de la guerra, el comandante de este Ejército, el general Leopoldo Menéndez, le levanta el arresto y le pide que sea él quien de la noticia de la derrota a los soldados.

Sale con el Estado Mayor del Ejército de Levante en dos automóviles rumbo a Gandía, donde se encuentra con Lord Farrington, del Comité de Ayuda a la República Española, gracias a quien se puede embarcar en el destructor inglés *Galatea* el 3 de abril. El barco zarpa con rumbo a Marsella y de allí a los puertos de Le Havre, Dunkerque y Folkestone. De este puerto, Mantecón se traslada a Londres y se pone a las órdenes de Juan Negrín, quien lo nombra Secretario General del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE) con sede en París. En Londres permanece casi mes y medio, alojado en casa de unos obreros de la fábrica Havilland. El 16 de mayo se traslada a Francia. Para evitar que fuese detenido por la policía francesa, la Legación Mexicana en París, a cargo del ministro Narciso Bassols le extiende el nombramiento de Secretario General del SERE el 25 de mayo de 1939.

Mantecón se hace cargo de diversas tareas para organizar el éxodo de los republicanos a México, Chile y Venezuela. Trabaja en París mano a mano con el cónsul chileno para la emigración republicana, el poeta Pablo Neruda.

Acabada la guerra, por gestiones de la familia De la Torre, parientes del Conde de Bilbao, ante un obispo, logra salir de la cárcel Concha de la Torre y se reúne con sus dos hijas en Zaragoza, tras más de treinta y seis meses presa.

En marzo de este año, Mantecón es internado en el campo de concentración de Argèles, Francia, donde permanece hasta el mes de junio. Entre otras labores, le encargan limpiar las letrinas, junto con el escritor Max Aub, el tratadista de Historia del Arte Venturi y el catedrático de sánscrito de la Universidad de la Sorbona, que había sido detenido por ser comunista. El día que Pétain firma el armisticio, sale de Francia, embarcándose en Burdeos en el *Cuba* con destino a la República Dominicana, junto con un nutrido grupo de exiliados.

Al arribar a Santo Domingo el dictador isleño no permite que desembarque el grupo de exiliados. Mantecón, junto con Rafael Sánchez Ventura, sí desembarca para hacer gestiones a fin de que el Gobierno de México reciba a esos refugiados, lo cual consigue. De Santo Domingo vuela a Cuba donde está dos días y luego vuela a la ciudad de Mérida, en la península de Yucatán. Finalmente, de Mérida se traslada a la ciudad de México y se pone a las órdenes del doctor José Puche, representante del SERE en México, quien lo comisiona para que al día siguiente se traslade al puerto de Coatzacoalcos para recibir al barco *Saint Dominique*, en el cual venía el contingente de exiliados que no habían podido desembarcar en Santo Domingo.

De regreso en la Ciudad de México se instala con su amigo y coterráneo Juan Vicéns y con Emilio Rodríguez Mata en el apartamento número 3 del edificio de avenida Veracruz 56, en el barrio de La Condesa, en la ciudad de México.

En este edificio de la avenida Veracruz vivirá Mantecón durante todo su exilio, primero en el apartamento 3, luego en el número 5 cuando llegaron su esposa y sus hijas, y finalmente en el número 1, una vez que lo desocupa el general Ignacio Hidalgo de Cisneros al trasladarse a Europa.

Gracias a Francisco Gamoneda, español bibliófilo y organizador de bibliotecas vecindado en México, entra en contacto con los bibliotecarios mexicanos.

1941
La esposa de José Ignacio Mantecón se traslada a Barcelona y obtiene un salvoconducto, y después de vender unos aretes de brillantes para pagar el pasaje, se embarca en marzo junto con sus dos hijas en el *Marqués de Comillas*. Don Miguel Mantecón, padre de José Ignacio, las acompaña al puerto para despedirlas.

Después de una escala en La Habana, Cuba, Concha de la Torre y sus hijas Conchita y Matilde llegan el 16 de marzo al puerto de Veracruz, donde se reencuentran con José Ignacio Mantecón después de cinco años de separación forzada. El 18 de marzo, viajan por tren y llegan a la ciudad de México, y se instalan en el departamento 5 de la Av. Veracruz 56.

Mantecón colabora con el doctor José Puche en el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE), y contribuye a la fundación del Instituto Luis Vives, en el cual se desempeña un tiempo como Director Administrativo.

1944
Inicia los trabajos de catalogación de libros de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca Nacional de México, junto con Agustín Millares Carlo y Concepción Muedra, labor que realizará hasta 1946.

Investigador en El Colegio de México desde este año y hasta 1946.

Publica junto con Agustín Millares Carlo el *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas*.

1944
Ante las dificultades económicas que pasa, trabaja en el almacén de un chileno amigo suyo, Enrique de los Ríos, en la venta de radios y aparatos electrodomésticos.

1945
Mantecón contribuye a crear la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de la Secretaría de Educación Pública de México, y es el principal catedrático de la misma desde este año y hasta 1964.

A partir de este año y hasta el año 1965 se hace cargo de la sección "Revista de Revistas" en la *Revista de Cultura Mexicana*, suplemento dominical del diario *El Nacional*.

Publica en colaboración con Millares Carlo el primer tomo de la obra *Índice y extracto de los Protocolos del Archivo de Notarías de México, D.F.*

Publica el artículo "Índice de los nombres latinos de ciudades utilizados en los pies de imprenta" en *Letra y pueblo*, inicio de una larga serie de investigaciones en la materia.

1946
Se publica el segundo tomo del *Índice y extracto de los Protocolos del Archivo de Notarías de México, D.F.*

1947
Millares Carlo y Mantecón presentan una erudita y cuidada edición de *La Celestina, Tragicomedia de Calisto y Melibea* con ilustraciones de Miguel Prieto y publicada por Editorial Leyenda, de la que en 1967 harán una nueva versión que es publicada por la UNAM.

1948
Publica otra obra en conjunto con Millares Carlo, *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México*.

Se afilia al Partido Comunista Español.